

Para desmitificar a *Mito*

Jacques Gilard *

Université de Toulouse-LeMirail

*Primera versión recibida: 28 de octubre de 2005; versión final aceptada:
29 de noviembre de 2005 (Eds.)*

Resumen: Aunque se reconoce que la revista *Mito* (1955-1962) tuvo en Colombia una importancia indiscutible en torno a la difusión de la cultura literaria, política y social, y a debates relativos a la lucha por la libertad, es innegable, también, que dicho reconocimiento ha sobrepasado los límites de la ecuanimidad. Mediante un elogio desmesurado de la revista y de sus gestores Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus y Hernando Valencia Goelkel, se ha ocultado sistemáticamente el papel y la importancia de publicaciones y de intelectuales y artistas que antecedieron a la revista bogotana. *Mito* es incomparable sólo si se anula la existencia de Jorge Zalamea y de su quincenario *Crítica*.

Descriptores: Revistas colombianas; revista *Mito*; Zalamea, Jorge; *Crítica*; el centro y las márgenes.

Abstract: Although the journal *Mito* (1955-1962) was considerably appreciated in Colombia for its undeniable importance around the spread of literary, political and social culture, and about the debates related to the fight for freedom, it is also undeniable that such recognition has surpassed the limits of ecuanimity. Through an excessive apology of the journal and its founders, Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus y Hernando Valencia Goelkel, the role and importance of publications, intellectuals and artists previous to the journal from Bogotá have been systematically forgotten. *Mito* is unsurpassed only if we deny the existence of Jorge Zalamea and his biweekly journal *Crítica*.

Key words: Colombian journals; Journal *Mito*; Zalamea, Jorge; *Crítica*; center and margins.

* Profesor emérito de la Université de Toulouse-LeMirail (gilard@univ-tlse2.fr). Este artículo es resultado de la investigación que sobre literatura colombiana del siglo XX ha realizado el autor. Por la extensión y complejidad de este artículo se conserva el formato dado por el autor quien sigue las normas de la academia francesa.

Con sus cuarenta y dos entregas, con sus siete años de existencia y con un renombre continental del que no puede preciarse ninguna otra revista cultural y literaria de Colombia, *Mito* es en la historia intelectual del país una realidad ineludible. Tal vez sea también la única digna, como parecen creerlo quienes han venido haciendo su elogio a lo largo de más de cuatro decenios desde su desaparición. Pero es ésta una opinión que, como todas las opiniones, merece ser reexaminada desde ángulos distintos. En todo caso, bastaría con recordar que *Mito* fue una realidad y con estudiar dicha realidad, sin que hiciera falta fundamentar el elogio en una tergiversación de hechos protagonizados por otros intelectuales y por otras publicaciones. Dicho en otros términos, no hace falta mitificar a *Mito*. Lo seguro es que quienes han recalcado que *Mito* es incomparable, lo han hecho eludiendo toda comparación y aislando a la revista en una especie de desierto, cómoda justificación para fundamentar la idea de su unicidad —salvo que no había tal desierto—. *Mito* es solamente un momento dentro de un proceso, y no necesariamente el momento más digno. Había antecedentes, de los que algunos mantenían plena vigencia en los años en que salía la revista de Gaitán Durán.

Recuperar, excluir

Es fácil advertir cómo el consabido centralismo del país y la permanencia de una mentalidad de capillas, enmarcada ésta en una pertinaz ideología de derechas liberales, llegan a falsear la memoria de los procesos. Y ello con toda buena conciencia, aunque no siempre con buena fe. El problema radica en que se le suele atribuir a *Mito*, al grupo (mutable) que la editó, y entre ese grupo a Jorge Gaitán Durán, méritos y virtudes que pueden reconocerse anteriormente en otros intelectuales y que, sin embargo, parecerían haber sido la exclusiva propiedad de *Mito* si nos guiáramos solamente con lo que sobre la revista se dijo en varias oportunidades —y se sigue diciendo—.¹ El grupo de *Mito* sería como un grupo inaugural de

1 La repetición de cosas ya dichas y no por ello indiscutibles es un hecho inevitable con la celebración del cincuentenario de *Mito*. Es un ejemplo significativo la introducción escrita por Fabio Jurado Valencia ("La revista *Mito*: irreverencia y contestación") para una antología de ensayos y documentos aparecidos en *Mito*. Dicha introducción no aporta nada nuevo, contentándose con reiterar los conceptos más que discutibles que *Mito* inspiró a lo largo de los años. Fabio Jurado Valencia (ed.), *Mito. 50 años después (1955-2005). Una selección de ensayos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2005, pp. 7-33.

todo lo bueno que han podido tener en el siglo XX la literatura y el pensamiento colombianos. Ello equivale a omitir la labor previa de Hernando Téllez, las luchas de Jorge Zalamea, la acción constante de Eduardo Zalamea Borda, para no citar más que nombres pertenecientes a los medios intelectuales de Bogotá en los años 40 y 50; sus trayectorias respectivas son anteriores a *Mito* y se entretajan con la de *Mito*, y no se puede decir que la revista los redimiera de un estado de nulidad; tampoco que los rescatara, pues ninguno de ellos lo necesitaba y hubiera sido casi un entierro el que *Mito* pretendiera rescatarlos, dados los a veces fuertes matices que saltan a la vista en materia de criterios ideológicos y éticos. La revista de Gaitán Durán no inauguró nada. Pero el afán de elogio a todo trance, elogio excluyente que es también, a veces, mediatizado auto-elogia, lleva a simplificar en exceso lo que necesariamente fue un momento (brillante eso sí, pero nada más que momento) en vez de milagroso nacimiento *ex nihilo*.

Por cierto, si tales son los planteamientos de base, si se llega a elogiar a *Mito* evitando recordar la acción del propio Jorge Zalamea, ¿quién va a preocuparse además por lo que signifique la existencia de escritores e intelectuales que desarrollaron su obra en las provincias? Con tal perspectiva, no puede haber existido un grupo como el de Barranquilla,² y *Mito* tiene

2 Aludiendo sarcásticamente, sin referencias, a nuestros propios trabajos, escribió Rafael Humberto Moreno-Durán: "*Mito* afianzó la generación contemporánea. García Márquez y Gaitán Durán alternaban en la revista con Cote Lamus y Carlos Fuentes, Juan Goytisolo y Álvaro Mutis, John Updike y Robbe-Grillet. ¿Cabe, en consecuencia, hablar de una Generación de *Mito*? Creemos que eso no tiene importancia, aunque de llegar a tales extremos, sobre todo si se tiene en cuenta lo que se dice de un fantasmal grupo de Barranquilla, del que presuntamente formaban parte García Márquez, Cepeda Samudio, Rojas Herazo o ese mitificado personaje mejor conocido como 'el sabio catalán', es obligado decir que si algún grupo existe ése es *Mito*, pues fue esta revista la que nucleó y catapultó allende nuestras fronteras la obra de los narradores costeños. Pero ésa es otra historia, escrita en francés y con alta dosis de imaginación" (Rafael Humberto Moreno-Durán, "*Mito*: memoria y legado de una sensibilidad", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Banco de la República, Vol. XXVI, n° 18, 1989, p. 25). Anexionar así a García Márquez por medio de verbos de gaseoso significado (afianzar, alternar, nuclear) resulta tan falaz como negar la existencia del grupo de Barranquilla; sobre el primer punto recordaremos más adelante elementos obvios; en cuanto al segundo, sólo es posible semejante negación por eludir voluntariamente la innegable existencia de todo un material periodístico (de suma coherencia en sus contenidos) y literario aparecido en la prensa de Barranquilla. Nuevamente: *Mito* resulta incomparable en la misma medida que se evita hacer comparaciones. En cuanto a "catapultar" obras costeñas, es obvio que *Mito* no hizo tal; se sabe que fue otro el caminar de la obra de García Márquez y que la de Cepeda Samudio aún está a la espera de un reconocimiento cabal. Estas aseveraciones de Moreno-Durán son un buen ejemplo de la táctica que los turiferarios de *Mito* han venido usando a lo largo de tres decenios.

reconcentrados en su equipo y en sus páginas todos los méritos de su época —y casi que también de las anteriores—. Llamativo es el hecho de que uno solo de los que han propuesto un estudio y un elogio de *Mito* haya advertido que la revista era una señal más del centralismo colombiano. Armando Romero reconoció en *Mito* “la continuación del centralismo cultural que era tradición de siglos en la República”.³ Fuera de Romero, nadie parece haberle prestado mucha atención al hecho, como si “tradición de siglos” y naturaleza fueran una misma cosa y como si, en materia de producción cultural, la provincia no pudiera existir como tal ni proponer nada digno de ser tenido en cuenta —nada que esté exento de un desdeñable provincianismo—.

Tres costeaños

El afán de reducirlo o asimilarlo todo a la labor de *Mito*, a la clarividencia de *Mito* y, ¿por qué no?, a la generosidad de *Mito*, llega hasta extremos falaces, por estar reñido con la elemental verdad de los textos, de los hechos y de las fechas. Del pie que evidentemente más cojea esta simplista teoría es de la cuestión García Márquez. Para quienes necesitan que funcione a fondo la visión centralista y exclusivista, es imprescindible que García Márquez haya existido al mismo tiempo que *Mito* y, de ser posible, merced a *Mito*. Sabido es, o debería serlo, que García Márquez fue descubierto en 1947 —ocho años antes de aparecer *Mito*— por Eduardo Zalamea Borda, y en vano se buscará una huella que demuestre que los futuros editores de *Mito* manifestaran una sola vez en nada menos que ocho años su interés por esos cuentos de un desconocido costeaño aparecidos en el suplemento de *El Espectador*,⁴ ellos que ya colaboraban asiduamente en

3 Armando Romero, *Las palabras están en situación*, Bogotá, Procultura, 1985, p. 109. No es del todo exacto el que Romero “estudiara” a *Mito*: con lo que trabajó fue con la antología de *Mito* realizada por Juan Gustavo Cobo Borda (Juan Gustavo Cobo Borda, ed., *Mito, 1955-1962. Selección de textos*, Bogotá, Colcultura, 1975, 423 p.). Este libro de Romero sobre poesía colombiana del medio siglo adolece de un insuficiente, casi inexistente, trabajo hemerográfico.

4 Así es como podía confesar ingenuamente Pedro Gómez Valderrama, al reseñar *La hojarasca* en el suplemento de *El Tiempo*, que sólo en 1954, a raíz de ganar García Márquez el premio nacional de cuento con “Un día después del sábado”, se había percatado de su existencia: “No conozco a García Márquez. En verdad, mi única vinculación con él ha sido hasta ahora la de haber leído su cuento premiado”. (Pedro Gómez Valdenama, “La novela de García Márquez, *La hojarasca*”, *El Tiempo*, Bogotá, 19 de junio de 1955, suplemento literario, p. 1). De 1947 a 1954, antes de “Un día después del sábado”, García Márquez había publicado once cuentos en el suplemento de *El Espectador*.

otras columnas, más prestigiosas, de la prensa de Bogotá —las de *El Tiempo*, evidentemente—. Y sabemos que, muy al principio, sí se fijaron en esos cuentos los miembros del naciente grupo de Barranquilla, así como Álvaro Mutis,⁵ conocedores los unos y el otro de lo que valía el exigente criterio de Zalamea Borda.⁶ Pero si se admiten esos hechos anteriores a 1950, pierde brillo la teoría centralista-exclusivista y no queda más remedio que adobarlos, pretendiendo que no pasó del todo lo que sí pasó e insinuando que ocurrió lo que en realidad nunca tuvo lugar.

Con alguna prudencia, dice Armando Romero que García Márquez “de una u otra manera encaja en las fronteras de *Mito*”.⁷ Más preocupado por una “tradicición con *pedigree*” que por el rigor documental, Rafael-Humberto Moreno-Durán elogió en *Mito* “su particular instinto ante los nuevos talentos nacionales”,⁸ poniendo a García Márquez en la primera línea de éstos, como si el verdadero “instinto” no se hubiera manifestado en otros intelectuales, años antes, y como si García Márquez hubiera sido “nuevo” en 1955 —cuando lo nuevo eran solamente su presencia en Bogotá (desde principios de 1954), su premio nacional de cuento, sus éxitos de reportero y la salida de *La hojarasca*—. Llegó Moreno-Durán a un divertido trastorno de la lógica al insinuar que más mérito tuvo *Mito* en reconocer *La hojarasca* que García Márquez en escribirla,⁹ o más mérito que Cepeda Samudío cuan-

5 En la entrevista que le hicimos en 1993 y publicamos en 1995, Álvaro Mutis declaró a este propósito: “En García Márquez me fijé desde el principio. Si me fijé en sus primeros cuentos, empezando con “La tercera resignación”. Es cierto que mucha gente no se dio cuenta de su existencia hasta que ganó el premio de cuento con “Un día después del sábado”, y algunos solamente cuando publicó *La hojarasca*. Otros lo habíamos leído y nos habíamos fijado en él mucho antes, desde el principio. Eduardo Zalamea Borda había señalado muy pronto en *El Espectador* esa aparición prometedor. Cuando regresé de Cartagena, del viaje en que me había encontrado por primera vez con Gabo, se lo dije a Eduardo y él se puso feliz”. Jacques Gilard, “Entretien avec Álvaro Mutis”, *Caravelle*, Toulouse, n° 64, 1995, p. 190.

6 Algo parecido hizo, con alguna demora (pero también con pleno acierto crítico), Jorge Zalamea cuando reprodujo en *Crítica* el cuento “La noche de los alcaravanes”, con una breve nota introductiva que era un pleno reconocimiento al joven narrador provinciano y, en las condiciones de estos años 50 y 51, un verdadero espaldarazo —del que ya no necesitaría el García Márquez de 1955. (*Crítica*, Bogotá, Año III, n° 54, 18 de enero de 1951, p. 9).

7 Armando Romero, *op. cit.*, p. 122.

8 Rafael-Humberto Moreno-Durán, *op. cit.*, p. 19.

9 Por cierto que hay que optar por una táctica clusiva y contar con la rapidez de la evocación para tratar de ocultar, a propósito de la reseña de *La hojarasca* aparecida en el número inaugural de *Mito*, que la novela de García Márquez era necesariamente anterior al nacimiento de la revista y que el futuro Nobel no podía proceder de ésta ni deberle nada.

do la editorial de la revista le publicó a éste *La casa grande*.¹⁰ Juan Gustavo Cobo Borda, por su parte, arregla las cosas de tal modo que a la postre resulta que García Márquez “surgió” de *Mito*,¹¹ y usa como asidero una incierta frase del Nobel, mencionada en las entregas sucesivas del proteico ensayo que le ha dedicado a *Mito* a lo largo de los años. Frase amable para la revista, aunque frase insegura.¹² Pero sobre todo, frase inexacta.¹³ Extraña manera de hacer la historia de la literatura colombiana, a base de datos imprecisos, siempre repetidos y nunca reexaminados, y a base de citas sin referencias y aquejadas de tan fuertes variaciones. Los hechos, afortunadamente, son tercos, a condición de tenerlos en cuenta: García Márquez existía antes de *Mito* e independientemente de *Mito*, cuyos artífices lo reconocieron como lo que ya era, mucho después de otros intelectuales que, en concepto de una tradición sabanera y santafereña, deben tener menos *pedigree*. Juan Gustavo Cobo Borda termina incluyendo a García Márquez¹⁴ en el “grupo” de *Mito*,¹⁵ sin tener en cuenta las distancias geográficas desde Europa y Venezuela en años que fueron de expatriación, ni una permanente distancia ideológica: debería medirse en lo que vale el hecho de que, cuando estuvo nuevamente en Bogotá, García Márquez dio un solo texto (“En este pueblo no hay ladrones”) a *Mito* —donde no se le había consultado ni pagado para editar el “Monólogo de Isabel...”¹⁶ y *El coronel no tiene quien*

10 Rafael-Humberto Moreno-Durán, *op. cit.*, p. 25.

11 Juan Gustavo Cobo Borda, “Mito” en el colectivo *Manual de literatura colombiana*, Bogotá, Procultura y Plaza & Janés, 1988, Tomo II, p. 161.

12 ¿Qué fue, al fin y al cabo, lo que realmente dijo García Márquez? ¿Y, además, dónde lo dijo? En dos casos se lee: “En ella (*Mito*) todos hicimos nuestras primeras armas” (prólogo de *Mito, 1955-1962. Selección de textos*, *op. cit.*, p. 20; y *La alegría de leer*, Bogotá, Colcultura, 1976, p. 59). Y en otro: “Con ella comenzó todo” (“*Mito*”, en *Manual de literatura colombiana*, *op. cit.*, p. 161).

13 Sobre la terca leyenda de un García Márquez debutando en *Mito*, afirma Álvaro Mutis: “En cuanto a esa otra afirmación de que allí empieza García Márquez, es una estupidez. Es negar a los Zalameas, es negar la importancia de Alfonso (Fuenmayor) y Germán (Vargas) en la iniciación de Gabo, cuando escribía la columna de ‘La Jirafa’ en *El Heraldo* de Barranquilla. Con eso ellos quedan borrados y se puede inventar eso de que García Márquez empieza en Bogotá en 1955. Eso pertenece a una triste y provinciana malicia que yo llamo la vergajada chapineruna. Eso es de cafetín de Chapinero, ni siquiera de Bogotá” (Jacques Gilard, “Entretien...”, *op. cit.*, p. 192).

14 Y también a Cepeda Samudio.

15 Juan Gustavo Cobo Borda, “*Mito*”, en *Manual...*, *op. cit.*, p. 151.

16 A propósito del “Monólogo de Isabel...”, es conocida la anécdota, referida por el propio García Márquez, según la cual Gaitán Durán recogió del cesto de los papeles las cuartillas mecanografiadas en que figuraba este relato. Sería como un “rescate” que García Márquez le

le escriba— y prefirió dar sus escritos polémicos a *La Calle* y a *Acción Liberal*.¹⁷

En esta forma de querer anexionar al Nobel colombiano, evidente aunque turbia maniobra política de recuperación, se pierde de vista lo que sería lo más importante: medir hasta qué punto hubo comunión a nivel de producciones de la imaginación (pues está claro que no la hubo en lo ideológico). Sea el que sea el resultado, sigue en pie lo que debería ser una evidencia para todo el mundo: si la reseñan en el primer número de *Mito*, *La hojarasca* fue un hecho previo y, por lo tanto, también fue un hecho previo todo el proceso formativo del escritor García Márquez —como lo demuestra, si se toman las cosas por otra vía, un sinnúmero de documentos—.

Menos problemático, por no tratarse de una bandera de la nacionalidad, es el caso de Cepeda Samudio. Se le anexiona a *Mito* en forma como distraída, sin intentar siquiera buscar documentos o entrevistas que lo insinúen (no los hay). Es cierto que publicó en *Mito* fragmentos de *La casa grande* y que fue en la editorial de la revista donde apareció posteriormente la novela. Y sin que haya documentos que lo demuestren, no será difícil admitir que Cepeda también debió comulgar con *Mito* en materia de creación a lo largo de los siete años que vivió la revista. Pero tampoco puede olvidarse que fue en “Hojas literarias”, un efímero suplemento del barranquillero *Diario del Caribe* (años antes de que Cepeda asumiera su dirección) donde salió el primer fragmento editado de *La casa grande*¹⁸ ni, volviendo para atrás, que, al salir en 1954 el libro de cuentos *Todos estábamos*

debería a Gaitán Durán; dando un paso más, sería un “espaldarazo”, muy simbólico de la labor de *Mito* y del apoyo que, en particular, se supone le brindó al escritor costeño. Pero la anécdota y, sobre todo, el símbolo pierden brillo si se recuerda que el “Monólogo...” ya había salido el 24 de diciembre de 1952, con el título de “El invierno”, en *El Heraldo* de Barranquilla (p. 20).

17 Gabriel García Márquez, “Dos o tres cosas sobre ‘la novela de la violencia’”, *La Calle*, Bogotá, Año II, n° 103, 9 de octubre de 1959, pp. 12-13. Y “La literatura colombiana, un fraude a la nación”, *Acción Liberal*, Bogotá, n° 2, abril de 1960, pp. 44-47. Este último texto, combativamente inserto en el contexto del momento, con otro tono (sarcástico) y otra línea (contestataria), agotaba anticipadamente la materia que nutrió al ensayo de Jorge Eliécer Ruiz aparecido en *Mito* un año después, sobre el que volvemos brevemente más adelante (“Situación del escritor en Colombia”, n° 35, marzo-abril de 1961). Y, de hecho, recogía muchos elementos presentes en las reflexiones del grupo de Barranquilla desde mediados de los años 40 y manifiestas en sus dispersas notas de la prensa barranquillera (las más de las veces en la columna de Alfonso Fuenmayor, pero también en las de Germán Vargas y Cepeda Samudio y, desde luego, en ‘La Jirafa’ de García Márquez).

18 Álvaro Cepeda Samudio, «Una parte de “La Hermana”», *Diario del Caribe*, Barranquilla, 24 de febrero de 1957, pp. 7-8.

a la espera, fuera de las notas de García Márquez en *El Espectador* y Rojas Herazo en *Diario de Colombia*, fue Hernando Téllez el único crítico bogotano en dedicarle al libro una reseña, si no intachable, al menos seriamente trabajada;¹⁹ ni que fue Eddy Torres, en el suplemento de *El Colombiano* de Medellín, quien le dio el despliegue más sistemático al libro de cuentos de Cepeda. Los que pronto acompañarían a Gaitán Durán en la aventura de *Mito* —presentes, varios de ellos sí, en Bogotá— brillaron entonces por su silencio: no le iban a prestar atención a ese autor provinciano, desconocido además en páginas supuestamente prestigiosas de la prensa capitalina. Desde luego, tampoco puede perderse de vista la mera existencia de ese libro, en el que también habían desembocado los años de reflexión del grupo de Barranquilla —otra vez previamente a la existencia de *Mito* y fuera de alcance de una curiosidad que bien podría haberse vuelto hacia las provincias y no lo hizo—. Cepeda no había necesitado de la revista ni de sus fundadores para producir el que era entonces el mejor libro de cuentos publicado en Colombia y para existir como escritor. Era ya, en literatura, un nombre importante —si no sonaba, era por los consabidos defectos de la vida literaria del país— y *Mito* no hizo más que reconocer que así era cuando lo incluyó en sus sumarios, dentro de una relación que era de igualdad y no de caritativo rescate. Cepeda no le debió la existencia a *Mito* ni perteneció a su grupo. El continuaba su trayectoria.

Otro caso notable es el de Héctor Rojas Herazo a quien se viene considerando desde hace años como “poeta de *Mito*”, uno entre los “poetas de *Mito*”. Se suele omitir el hecho de que tuviera ya una larga trayectoria como intelectual y artista cuando surgió *Mito*, más larga que las de García Márquez y Cepeda Samudio. Su poemario *Rostro en la soledad* es de 1952 y, desde luego, se lo deja entre paréntesis, cuando no se altera repetidamente su título, como lo hizo Armando Romero quien lo mencionó sin haberlo leído —y para quien, un poco como advertimos antes a propósito de ciertas afirmaciones de Moreno-Durán, el mérito del poeta parece no haber sido mayor que el de quienes le editaron, tardíamente, versos en *Mito*—. Si Jorge Eliécer Ruiz elogió a Rojas en el número 7 de *Mito*, cabe recordar que ya lo habían hecho años antes, a finales de 1947 y con notas de gran

19 Hernando Téllez, “Todos estábamos a la espera”, *El Tiempo*, Bogotá, 19 de septiembre de 1954, suplemento literario, p. 1.

interés, Ramon Vinyes²⁰ y Alfonso Fuenmayor²¹ en la página literaria de *El Heraldo* de Barranquilla. Y tal vez no sobre recordar que García Márquez, mientras vivía en Barranquilla, dedicó dos notas a Rojas Herazo en *El Heraldo*²² (en la prensa de Bogotá, parece que fueron pocos los que manifestaron interés por el poemario de Rojas, y creemos que ninguno de los futuros participantes de *Mito*).²³ Por lo que resulta cuando menos equivocado dar a entender que fue un “poeta de Mito”, descubierto y revelado por el grupo de la revista, de 1955 en adelante. Poeta que existía antes de *Mito*, captado por *Mito* si se quiere, y más bien captado a posteriori por los turiferarios de *Mito* —cosa que, pese a sus protestas, le pasó también de alguna manera a Álvaro Mutis—, pero nada más ni nada menos que un poeta con voz propia. Mérito sí tuvo *Mito* al publicarlo, pero los integrantes del equipo habrían podido descubrir a Rojas años antes. Pretender lo contrario, como en los casos de García Márquez y Cepeda Samudio, tampoco cuadra con la realidad de los hechos.²⁴

20 Ramón Vinyes, “El hombre y su voz”, *El Heraldo*, Barranquilla, 13 de diciembre de 1947, p. 12.

21 Alfonso Fuenmayor, “Arcilla de Rojas Herazo”, *El Heraldo*, Barranquilla, 13 de diciembre de 1947, p. 12.

22 Gabriel García Márquez, “Héctor Rojas Herazo”, *El Heraldo*, Barranquilla, 14 de marzo de 1950, p. 3. La segunda nota salió con el seudónimo (Septimus) que usaba García Márquez para redactar su columna de “La Jirafa”: “Rostro en la soledad”, *El Heraldo*, Barranquilla, 11 de junio de 1952, p. 3.

23 Próspero Morales Pradilla, “Poesía y ensayo. Dos casos nacionales”, *El Tiempo*, Bogotá, 6 de julio de 1952, suplemento literario, p. 4. José Hurtado García, “Un poeta agonista: Rojas Herazo”, *El Espectador*, Bogotá, 29 de julio de 1952, p. 5.

24 Declaró a este propósito Álvaro Mutis: “No estoy de acuerdo, no lo estoy de ninguna manera, en que se hable de ‘los poetas de Mito’. Es la eterna pereza del crítico superficial y profesional de periódico. Lo más fácil fue encasillarnos a todos. Decir que todos éramos de *Mito*. Jorge Gaitán Durán, Cote Lamus (a quien yo no conocí personalmente nunca), Álvaro Mutis, Fernando Arbeláez, Héctor Rojas Herazo: ése era, dicen, el grupo de *Mito*. ¿Sabe cuántas veces vi yo en mi vida a Gaitán Durán? Cinco veces.

No fui muy amigo de Jorge Gaitán Durán. Fue conmigo muy gentil, muy generoso. Yo le retribuí en lo que pude, siempre di anuncios de la Esso a su revista. Inclusive le adelanté varias veces dinero sobre los anuncios futuros. Esto no es ninguna virtud, ni lo estoy presentando como una especial generosidad. Era un compañero de generación que estaba publicando cosas que a mí me parecían a veces un poco ingenuas (mire que descubrir a esas alturas al marqués de Sade y a Georges Bataille...), pero que eran también útiles o hasta necesarias y causaban un gran choque en el país.

Ahora, decir eso de Héctor Rojas Herazo, a quien conocí muy bien, decir que él aparece gracias a *Mito*, es un error muy grave, o es mala leche. En cuanto a mí, no hago más que desmentir eso de haber sido poeta de *Mito*. No ceso de repetir que nunca pertencí al grupo de *Mito*. Que le di a la revista anuncios de la Esso porque me parecía que había que dársefos. Por

De cómo se forja una leyenda

En todo cuanto se relaciona con *Mito* es posible advertir un casi permanente afán hiperbólico que termina ocultando la verdad de los procesos colombianos —y ello independientemente de las recuperaciones conscientes o inconscientes del centralismo, de la mentalidad de capillas y de la ideología que a ésta subyace—. Al margen de la hipérbole, mal endémico de la intelectualidad colombiana, se mantuvo sin embargo Rafael Gutiérrez Girardot, por ser el único en resistir la tentación de escribir una pura hagiografía de *Mito*; también el único en decir claramente que otros se habían anticipado al equipo de la revista, mencionando el nombre de Sanín Cano y enumerando luego otros grupos e instituciones.²⁵

Hiperbólica es la frase de Armando Romero que afirma: “Seguir la trayectoria ideológica de *Mito* (...) conlleva la posibilidad de iluminar la génesis de todo el suceder cultural de la moderna Colombia”.²⁶ Como si Jorge Zalamea, a quien desconoce Romero por completo, no permitiera igual cosa y, en verdad, mucho más; como si Sanín Cano, Hernando Téllez o Eduardo Zalamea Borda hubieran esperado hasta el año 1955 para dejar una huella en el devenir del pensamiento y el arte colombianos.

Hiperbólica es la selección hecha por Juan Gustavo Cobo Borda, para su antología de *Mito*, de un texto escrito por Jorge Eliécer Ruiz en 1961, “Situación del escritor en Colombia”, aparecido en el n° 35 de *Mito*, marzo-abril de 1961.²⁷ El contenido de ese texto empezaba ya a asomar entre 1917 y 1920 en *Voces*, un poco más tarde en las luchas de Los Nuevos; había vuelto a salir a flote en los escasos alegatos universalistas generados en 1941 por la polémica sobre nacionalismo literario; era un tema recurrente en los ardientes alegatos de Jorge Zalamea; y aparecía desmenuzado en tantas columnas de prensa de, entre otros, Eduardo Zalamea Borda y Hernando Téllez, y en las ignoradas páginas editoriales de *El Heraldo* (Ramón Vinyes, Alfonso Fuenmayor, García Márquez) y *El Nacional* (Germán

Mito y por la Esso. Fuera de esos anuncios, allí publiqué en sólo dos ocasiones algunos poemas. Y hay otros poetas a quienes suman ahí, que tampoco tuvieron que ver con ningún grupo. En el caso de Héctor Rojas Herazo, la afirmación es escandalosa” (Jacques Gilard, “Entretien...”, *op. cit.*, pp. 191-192).

25 Rafael Gutiérrez Girardot, “La literatura colombiana en el siglo XX”, en *Manual de historia de Colombia*, Bogotá, Procultura, 1984, Tomo III, p. 536.

26 Armando Romero, *op. cit.*, p. 120.

27 Cfr. *Mito, 1955-1962...*, *op. cit.*, pp. 63-77.

Vargas, Cepeda Samudio) de Barranquilla. Y García Márquez acababa de actualizar ferozmente la temática con su artículo de *Acción Liberal*. Texto tardío el de Ruiz, innecesaria reiteración (si bien síntesis clara) de algo que ya estaba dicho y no valía la pena repetir en una época que era de clarificación y cambios, merced, entre otras cosas (pero solamente entre otras cosas, que eran muchas), a la propia acción de *Mito*.

Hiperbólica es esta frase de Juan Gustavo Cobo Borda a propósito de la revista: “Lo que para los analfabetos con título universitario era esnobismo no era, en realidad, más que voluntad de estar bien informados”.²⁸ Insinúa que era una total novedad y que, antes de la aparición de *Mito*, el país intelectual lo formaban idiotas amodorrados y nacionalistas furibundos —cuando es evidente que algunos de los que apenas acompañaron a *Mito* o cruzaron su camino sabían entonces (años 40) más y veían mejor que los futuros fundadores de la revista—. De las acusaciones de “esnobismo” se había burlado en sus tiempos (1917-1920), y más de una vez, *Voces*; también Téllez al intervenir en la polémica sobre nacionalismo literario, de 1941,²⁹ de “esnobismo” se acusó a Jorge Zalamea, a propósito de su quincenario *Crítica*;³⁰ Manuel Zapata Olivella había llamado, pocos años antes, “sumisos eunucos” y “esnobistas”³¹ a los lectores colombianos de Sartre y Camus (porque también se cuestionaba la virilidad de los *snoobs* curiosos de novedades extranjeras, tal como lo hiciera Tomás Vargas Osorio en la polémica de 1941).³²

Hiperbólico es pretender “identificar” a Gaitán Durán y a sus compañeros por su apertura a las críticas y a los ataques de que eran objeto.³³ Téllez y Zalamea Borda sabían mostrarse sarcásticos pero no fulminaban excomuniones a diestra y siniestra; Eduardo Zalamea Borda, al abrir en 1946 la página ‘Fin de Semana’ de *El Espectador*, y Jorge Zalamea, al

28 Juan Gustavo Cobo Borda, “Mito”, en *Manual...*, op. cit., Tomo II, p. 147.

29 “Nacionalismo literario”, en Hernando Téllez, *Textos no recogidos en libro*, Vol. 1, Bogotá, Colcultura, 1979, p. 37.

30 El artículo de José Mejía Mejía, sobre el que volvemos más adelante.

31 Manuel Zapata Olivella, “Experiencias. Danzas y folklore”, *El Tiempo*, Bogotá, 26 de octubre de 1952, suplemento literario, p. 2.

32 Tomás Vargas Osorio, “Más sobre el nacionalismo”, *El Tiempo*, Bogotá, 19 de julio de 1941, p. 5. Pocos años después, al reseñar brevemente el primer libro de cuentos de Cardona Jaramillo, el costeño Antonio Bruges Carmona llamaría “amanerados” a los escritores universalistas (“Cordillera”, *El Tiempo*, Bogotá, 27 de febrero de 1945, p. 5).

33 Rafael Humberto Moreno-Durán, “Mito: memoria...”, op. cit., p. 21.

crear *Crítica*, hicieron amplios llamados a todas las colaboraciones; y precisamente *Crítica*, en un contexto material y político infinitamente más difícil que el que había de conocer *Mito*, también se distinguió por una comprensiva acogida a los textos de sus detractores.³⁴ Si alguien, en Colombia, señaló el rumbo, fue Jorge Zalamea; y si de alguien aprendió Gaitán Durán, fue del mismo Zalamea, a quien, sin embargo, trató con soberana injusticia en 1949, como se verá más adelante.

Hiperbólica es la afirmación de que la élite de las posteriores generaciones literarias siente un “grado de consanguinidad [...] aún mayor” con *Mito* por el criterio de “europeísmo” —valientemente asumido, es cierto—,³⁵ pues habría que reconocer también el parentesco con Sanín Cano, con *Voces*, con Los Nuevos, con Téllez, con los dos Zalameas y bastantes más, entre los que habría que incluir al joven García Márquez y a sus amigos

34 Así pasó, por ejemplo, con la publicación de un artículo de José Mejía Mejía, “A propósito de *Crítica*. Cultura sin fronteras”, en *Crítica*, Bogotá, Año III, n° 61, 2 de mayo de 1951, p. 4. Ese artículo, marcadamente reaccionario, permeado de nacional-populismo, era un ataque a la línea ecuménica de la revista. El existencialismo francés, al que Zalamea dedicaba mucho espacio, era definido por Mejía Mejía como “estercoerismo”. Debe recordarse, a este propósito, que Luis López de Mesa hablaría a su turno de “*La náusea* pocilguera” de Sartre (Luis López de Mesa, “Arte suprarrealista y arte académico”, artículo reproducido en *El Espectador*, Bogotá, 24 de octubre de 1952, pp. 5 y 14). La reacción conservadora y la derecha liberal iban cogidas de la mano. La denuncia del supuestamente pernicioso influjo existencialista la había iniciado, también desde los baluartes del santísimo, Arciniegas con sus mediocres chistes de “El teatro existencialista” (*El Tiempo*, Bogotá, 2 de febrero de 1947, suplemento literario, p. 1) y haciendo publicar un trabajo calumnioso de su amigo Jorge Carrera Andrade (“Grandeza y miseria del existencialismo”, *Ibid.*), combinado todo ello con un par de cortos y rabiosos panfletos que acogió en su *Revista de América* (Carlos Dávila, “Surrealismo, comunismo, existencialismo”, Vol. VIII, n° 24, diciembre de 1946, pp. 351-353; y Max Martin, “El existencialismo”, Vol. IX, n° 27, marzo de 1947, pp. 340-341).

35 Rafael-Humberto Moreno-Durán, *op. cit.*, p. 23. Ese europeísmo de *Mito* tenía que ver, en lo fundamental, con el pensamiento existencialista francés. Es divertido observar una contradicción en el frente de los herederos de *Mito*. Marcando una fuerte reticencia hacia el quincenario de Zalamea, Cobo Borda lamenta que éste creyera tanto en Europa y, sobre todo en Francia. Escribió displicentemente que *Crítica* fue “un buen quincenario”, añadiendo: “Sólo que *Crítica* creía en Europa y, qué le vamos a hacer, en Francia”. Juan Gustavo Cobo Borda, “Jorge Zalamea. Notas críticas” en Jorge Zalamea (Juan Gustavo Cobo Borda, ed.), *Literatura, política y arte*, Bogotá, Colcultura, 1978, p. 867. No se puede olvidar que *Crítica* fue tribuna de difusión del existencialismo —años antes de aparecer *Mito*— y el supuesto defecto de la revista de Zalamea resulta ser una virtud de la de Gaitán Durán. Aquí se manifiesta lo que es la ancha grieta ideológica que corre en la vida intelectual colombiana desde los años 30 y perdura hasta hoy: a Jorge Zalamea, al ineludible e indoblegable Zalamea, lo quisieron y aún lo quieren dejar fuera de juego. El fue y sigue siendo la espina en el pie de la leyenda de *Mito*.

barranquilleros, pero es cierto que así se ensancharía notablemente la nómina y se perdería *pedigree*.

Hiperbólica es, en cierto modo, la afirmación de que “*Mito* dio cabida a una generación de escritores que cultivaban por igual el ensayo y la crítica”;³⁶ al menos descabellada, porque no se ve cómo podían Hernando Téllez y Gutiérrez Girardot —citados en la subsiguiente enumeración— pertenecer a la misma generación, por importante que fuera ésta, salvo que su importancia la situara más allá de los criterios temporales (casi, pero solamente casi, se incluye a Sanín Cano en la tal “generación”).

Ya se intuye que se forma así una cadena semántica generación/ grupo/ unidad/ monolitismo, que le otorga a *Mito* más personalidad de la que tuvo y el monopolio, el liderazgo y, en el fondo, la autoría de todo lo bueno que se hizo en la literatura colombiana por varios decenios. Anexionar también permite excluir, exaltar un momento o una figura también permite ocultar los procesos que lo (la) hicieron posible y a las personas que en ellos se destacaron. Es una llamativa reproducción, en materia de pensamiento y literatura contemporáneos, de lo que hizo durante siglo y medio la historiografía oficial del país, y en este renglón el ejemplo más característico es el de Juan Gustavo Cobo Borda quien, trátase de *Mito*, de Sanín Cano, de Téllez, de Andrés Caicedo o de su abuelo espiritual Arciniegas, a todos los convierte en estatuas de próceres, desvinculándolos unos de otros (¿cómo reconciliarlos, en verdad?) y de sus propios procesos históricos. En esta forma de proceder están todos los signos del intelectual oficial en Colombia.

Antecedentes soslayados

En fin, lo que merece ser cuestionado primero no es la labor de *Mito* sino la forma como se ha venido hablando de esa labor, una forma más bien hagiográfica y excluyente. Y ya que algunos han incurrido en el facilismo de dar a entender que puede haber hechos sin proceso previo, es necesario que otros recuerden lo contrario con datos fehacientes. En otros términos, conviene seguir escribiendo la historia literaria de Colombia, no para negar sino para afirmar completando.

36 *Id.*, p. 24.

No es posible contentarse con verdades a medias. De alguna manera deben aceptarse afirmaciones, como ésta de Cobo Borda:

Todos ellos (los de *Mito*) estaban formulando una proposición lúcida, donde la invención y la transmutación, la arbitrariedad creativa y el conocimiento científico, adquirirían una resonancia mucho más precisa. Cumplían una función desmitificadora. Ya no es posible el estudio de nuestro pasado literario sin tener en cuenta esta escisión. Contra la facilidad y el desgreño, un cierto decoro. Un estilo, un instrumento de análisis. Contra la habitual improvisación, datos, elementos, cifras y opciones. Un aprendizaje que era a la vez trabajo y acción.³⁷

O como ésta, de Rafael Gutiérrez Girardot:

Su principio y su medida (de *Mito*) fueron el rigor en el trabajo intelectual, una sinceridad robespierrana, una voluntad insobornable de claridad, en suma, crítica y conciencia de la función del intelectual. Demostró que en Colombia era posible romper el cerco de la mediocridad y que, consiguientemente, ésta no es fatalmente constitutiva del país.³⁸

Pero, al mismo tiempo, es inevitable discrepar de puntos importantes. Por ejemplo, en la frase de Cobo Borda, es abusiva la idea de que *Mito* marcó una “escisión”; la “función desmitificadora”, la habían venido ejerciendo otros, Jorge Zalamea, Eduardo Zalamea Borda, en una menor medida Hernando Téllez —y, en su limbo barranquillero, con notas de prensa que Bogotá desconocía, inteligencias como Alfonso Fuenmayor y Germán Vargas—. De la misma manera, pasando a la frase de Gutiérrez Girardot, si hubo alguien con “sinceridad robespierrana” en la vida intelectual colombiana, fue Jorge Zalamea y nadie más.³⁹ ¿Quién, más y mejor y primero que Zalamea, practicó “crítica y conciencia de la función del intelectual”? Por cierto, no hay en estas dos citas un solo detalle que no remita a Zalamea y no recuerde, al menos a quienes están dispuestos a recordar, que él se anticipó a *Mito* en todo, y ello ya en los años 30 sobre puntos de capital importancia, por ejemplo en materia de “conocimiento científico” (de la sociedad

37 *Mito*, en *Manual de literatura colombiana*, op. cit., Tomo II, p. 156.

38 Rafael Gutiérrez Girardot, op. cit., p. 535.

39 Dijo Álvaro Mutis: “El único escritor que yo conocí, que se jugó la figura totalmente, fue Jorge Zalamea, hasta acabar en la cárcel. El resto es una farsa”. (Jacques Gilard, “Entretien...”, op. cit., p. 190).

colombiana). En los 40, los futuros miembros del equipo de la revista no siempre brillaron por su buena información, ni por su buena interpretación de los hechos y ni siquiera por su comportamiento de intelectuales mimados por la clase dirigente, por el ala derecha del liberalismo. Bastante de lo que planteó *Mito* en los 50, lo planteaba ya el grupo de Barranquilla en los 40; en especial, la lucha contra la autosatisfacción y mediocridad colombiana bajo todas sus formas,⁴⁰ el alegato por la claridad de los conceptos,⁴¹ la necesidad de que el artista dijera su verdad⁴² —convicción que compartían con los Zalameas y con Mutis—. Además de burlarse de López de Mesa y darle la espalda a Arciniegas (unos hechos que pueden tener su dosis de anécdota pero también son significativos),⁴³ el grupo de Barranquilla le apos-

40 Un ejemplo entre muchos podría ser esta afirmación de Alfonso Fuenmayor a propósito de las indagaciones plásticas de Alejandro Obregón, el cual, decía Fuenmayor, "realizará la revolución artística que desde hace tanto tiempo está necesitando Colombia si quiere, y éste debe ser un imperativo de nuestra cultura, ponerse, no ya en un plano de avanzada, sino, apenas, ponerse a tono con la hora del mundo". (Alfonso Fuenmayor, 'Aire del día', "Obregón en Bellas Artes", *El Heraldito*, Barranquilla, 7 de junio de 1948, p. 3).

41 Por ejemplo, una nota de Alfonso Fuenmayor sobre el puesto que le correspondía a Guillermo Valencia en el parnaso nacional. Deplorando la existencia de "tanta hojarasca literaria" en torno a la obra de Valencia, expresaba el deseo de que apareciera "el ensayo que acuse no tanto arrebatado como penetración crítica". (Alfonso Fuenmayor, 'Aire del día', "Valencia", en *El Heraldito*, Barranquilla, 9 de julio de 1948, p. 3). Curiosamente, en una más que notable coincidencia, a propósito del mismo Valencia declararía Álvaro Mutis a García Márquez en 1954: "Lo que interesa no es establecer nuevos conceptos definitivos, sino que tengamos una posición definida. Y esa posición debe ser la de revisar seriamente los mitos nacionales". Gabriel García Márquez (Septimus), "Los elementos del desastre", en *Dominical de El Espectador*, Bogotá, 21 de marzo de 1954, p. 8.

42 A este propósito expresó Álvaro Mutis: "Muy tempranamente, en los 40, lo veían muy bien Alfonso Fuenmayor y Germán Vargas. Ellos también pensaban que lo primero era escribir bien, darle densidad y verdad a lo que se escribiera; que eso iba a ser la verdadera revolución, porque así se iba a denunciar todo y se iba a romper toda esa parroquia asfixiada y asfixiante. Ellos, en ese sentido, eran de un gran rigor". Jacques Gilard, "Entretien...", *op. cit.*, p. 190.

43 Hay aquí una frontera de indudable significado: ver quién participaba y quién no participaba en tal o cual publicación. Es evidente que, a partir de 1945 (fecha de su creación), la mediocre *Revista de América*, de Arciniegas, no interesó a los más brillantes de la nueva generación; Mutis, Gaitán Durán, García Márquez y los que colaborarían en *Mito* se mantuvieron lejos de sus páginas, como si hubiera sido —y efectivamente lo fue muy pronto— un factor de desprestigio (Andrés Holguín y Rojas Herazo participaron en forma ínfima). A la inversa, se puede observar que *Mito* no acogió a los que solían colaborar en las revistas de Arciniegas, *Revista de América* o los tardíos *Cuadernos* de los años 60, como fue el caso de Eduardo Caballero Calderón. Desde tal punto de vista, la frontera separaba a la inteligencia rutinaria de la inteligencia innovadora, y *Crítica* y *Mito* se encuentran del mismo lado de la frontera (y también la página 'Fin de Semana' que Eduardo Zalamea Borda animó en *El Espectador* entre febrero de 1946 y febrero de 1948). Sin embargo, dentro del campo de la inteligencia innovadora,

tó con una nitidez meridiana a la imaginación. Y cabe anotar que, aunque tenía conciencia del problema, lo que no hizo este grupo de provincianos en los 40, todo lo que era alegato público sobre la función del intelectual, lo hizo Jorge Zalamea con *Crítica*, su quincenario.

En efecto, reconocer a *Mito* el haber desarrollado esa reflexión —y ello en las condiciones específicas de la Colombia de los 50— se justifica, pero sería inaceptable si se pretendiera que salieron el tema y la preocupación exclusivamente de los fundadores de la revista. Gaitán Durán rondó el tema hacia finales de los 40, pero quien lo instaló entonces plenamente en la problemática colombiana fue Jorge Zalamea, tomándolo incluso como eje de la acción de *Crítica* —no sin enfrentarse, por cierto, con la agresiva incomprensión del propio Gaitán Durán, además de con la indiferencia u hostilidad de la clase intelectual en su mayoría—.

Ni siquiera se puede decir que uno de los rasgos más fuertes y, conforme ha ido pasando el tiempo, más característicos de *Mito*, sea propio de la revista. Los testimonios sobre la cruda realidad socio-cultural de Colombia difícilmente podían darse en las condiciones materiales que conoció Zalamea al editar *Crítica*; y el “calendario trágico” que allí aparecía (la lista de los muertos liberales) nos recuerda que la Violencia en ascenso vertiginoso exigía reacciones más urgentes. Pero Zalamea hizo lo que pudo, como fue por ejemplo dar en primicia una versión de algunos pasajes de *El cóndor y las vacas*, de Christopher Isherwood.⁴⁴ Fue poco lo que pudo

también hubo una grieta de no menor significado, que establece otra distinción fundamental: la adscripción sea a ‘Fin de Semana’ y *Dominical*, sucesivos suplementos de *El Espectador* (caso de García Márquez), sea al suplemento de *El Tiempo* (caso de los futuros animadores de *Mito*); colaborar en *El Tiempo* era aceptar convivir con los extemporáneos Arciniegas y Caballero Calderón —con el inefable López de Mesa, como caso extremo— así como con los cuentistas terrigenas, y, de alguna manera, jugar el mismo juego ideológico-político que ellos; en todo caso, continuarlo conscientemente. Este es, sin lugar a dudas, un punto clave de todo el debate sobre el proceso intelectual de Colombia, y viene a ser piedra de toque en la reflexión en torno a *Mito*.

44 En *Crítica*, Bogotá, Año II, n° 28, 15 de diciembre de 1949, pp. 3 y 12. La posterior publicación de otros apartes del libro de Isherwood en otro órgano de prensa (el suplemento de *El Espectador*) suscitó la airada reacción de un redactor anónimo de *El Tiempo*, en la sección “Cosas del día”: “Ciertos viajeros”, en *El Tiempo*, Bogotá, 23 de enero de 1950, p. 5. De paso, se notará que no se le había concedido atención a lo que primero había publicado *Crítica*: no importaba la revelación de ciertas taras de la sociedad nacional mientras no apareciera en páginas de mucha circulación, buena manera de medir el poco caso que se les suele hacer a las revistas literarias, en general; y, en particular, buena manera de medir también la inexistencia a que el liberalismo santista, por medio de su silencio, condenaba a Zalamea, a *Crítica* y a su acción. La protesta de

hacer Zalamea, pero algo era de todas formas, sobre todo en las condiciones de fines del 49, inauditas y más tenebrosas que cualesquiera de las que conoció *Mito*. La revista de Zalamea vivió el derrumbe; la de Gaitán Durán vino después de éste y actuó en un contexto que era de reflexión sobre qué y cómo reconstruir. La conciencia de que había en la sociedad colombiana muchos aspectos por revelar y analizar y denunciar tampoco nació con *Mito* en la intelectualidad nacional. Otra vez surge el nombre de Zalamea, y en forma temprana pues hay que remontarse a los años 30 con su encuesta sobre Nariño,⁴⁵ en la que, además, le dedicó a la sexualidad una atención más que novedosa, anticipándose notablemente a las supuestas audacias de Gaitán Durán y *Mito* en este renglón. Recordemos por otra parte que el propio García Márquez —ya atraído en 1948 por aspectos humanos de la Costa Atlántica, todavía ignorados o soslayados— también se inició plenamente en ese derrotero por su cuenta y riesgo en 1952, cuando redactó su serie sobre La Sierpe ahondando en la cultura popular con tonalidad faulkneriana y por el sesgo de lo maravilloso. Continuó luego, en una línea propiamente periodística, a partir de septiembre de 1954 y de su reportaje sobre el Chocó. Una vez más se ve que nunca faltan antecedentes.

Desde luego, tras unos ocho o nueve años de Violencia, existían condiciones especiales para que *Mito* llevara adelante sus indagaciones sobre la realidad colombiana y le concediera en sus páginas un cierto espacio al testimonio; la intelectualidad consciente no desconocía la inquietud por lo histórico y lo sociológico y *Mito* estuvo a la altura del reto. Es aleccionador, por ejemplo, un cotejo con los borrosos sumarios de *Revista de América* entre 1945 y 1950: éstos demuestran hasta qué punto de miopía había llegado Arciniegas con respecto al país pues, a lo largo de casi cinco años

El Tiempo fue a su vez comentada, al día siguiente y en términos ejemplares, por García Márquez en 'La Jirafa', su columna de *El Heraldo* de Barranquilla: "¡Ciertas langostas!", *El Heraldo*, Barranquilla, 24 de enero de 1950, p. 3. No es casual esta réplica de García Márquez y nos recuerda que, en la joven generación, el rigor no era prenda exclusiva de los futuros fundadores de *Mito*. En términos generales, esa "jirafa" de 1950 permanece como un modelo de honradez en la manera de enfocar los problemas de un país, cualquiera que sea. Es, además, un buen ejemplo de la actitud burlona del grupo de Barranquilla hacia las capillas bogotanas, de su lucidez sobre las taras de la vida intelectual colombiana, así como de su postura ideológica, muy identificada con la de Jorge Zalamea.

45 Jorge Zalamea, *El departamento de Nariño: esquema para una interpretación sociológica*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1936, 151 p. Reproducido en: Jorge Zalamea (J. G. Cobo Borda ed.), *Literatura, política y arte*, Bogotá, Colcultura, 1978, pp. 59-131.

sin censura de prensa, no hubo entonces en los sumarios de su revista ni un solo artículo sobre la violencia colombiana (y hubo solamente dos sobre la muerte de Jorge Eliécer Gaitán y el 9 de abril).⁴⁶ Pero queda claro que, por cualquier lado que se mire, *Mito* no fue el nacimiento del rigor y la lucidez en la historia intelectual de Colombia. Acción ineludible sí fue, pero nada ganan el prestigio de la revista ni la simple verdad con que se pretenda desconocer todo lo demás. Cuando el discurrir del país había tomado vías absolutamente reñidas con los principios enunciados por la clase dirigente, era normal que, de ésta, y precisamente de su vanguardia intelectual y artística, surgieran voces pregonando la necesidad de nuevas adecuaciones —y *Mito* no pasó de ser eso: un *aggiornamento* en el control de la vida intelectual—. Ya no bastaban los criterios timoratos del santismo (los que ilustraba Arciniegas) ni los exhaustos paliativos de un nacionalismo cada vez más parroquial (que tanto peso había tenido en el suplemento de *El Tiempo* de los años 40 y primeros 50), de modo que se optaba por acudir a los criterios de la inteligencia y la buena información. Como aquello era normal entonces, de igual manera fue normal posteriormente que los intelectuales vinculados a la clase dirigente (¿y qué mejor ejemplo que el de Cobo Borda?) propusieran una exaltación sin matices del mensaje de *Mito*, si bien los calamitosos años del Frente Nacional y su aún más calamitosa continuación demuestran que fue ineficaz la prédica que desarrolló la revista y que ésta no pasó de ser, como todas, una revista literaria sin mayor gravitación en su sociedad (salvo los inocuos cargos oficiales a que alcanzaron, como los intelectuales colombianos de generaciones anteriores y posteriores, algunos miembros del equipo). Las voces que sonaron en *Mito* quedan, afortunadamente, inmunes a las trampas de una historia sólo a medias escrita y a las simplificaciones o mentiras de unas capillas y de un centralismo tan vivos y recuperadores como siempre.

Para ubicar claramente a *Mito*, es ineludible remontarse por la corriente del proceso intelectual de Colombia. Emprendamos la navegación aguas arriba.

46 Una nota necrológica sobre el caudillo asesinado en el n° 40, de abril de 1948. Y, en septiembre-octubre del mismo año (n° 45-46), "En torno al 9 de abril. La explicación del pueblo", de una improbable Emilia Gutiérrez de Gutiérrez.

Jorge Zalamea, una y otra y otra vez...

El pensamiento político de Gaitán Durán se expresó en 1959 en una serie de artículos publicados en *La Calle* de Bogotá, órgano del MRL de Alfonso López Michelsen, luego recogidos en un libro.⁴⁷ Los conceptos que allí expresa presentan una coherencia obvia con la línea de *Mito* —incluso en lo que hubiera preferido dejar oculto, su vinculación con el liberalismo de derechas, en su versión de finales de la dictadura e inicios del Frente Nacional, es decir el llerismo, ropaje nuevo (post-violencia) del santismo de antes y de siempre—.⁴⁸ Su alegato por una aproximación lúcida, científica, a la realidad colombiana se repite a lo largo de esas páginas. Proponía que hubiera “un proyecto concreto, basado en el conocimiento a fondo del país”.⁴⁹ Afirmaba: “En los próximos años estaremos obligados a convivir, a *comprender y cambiar juntos el país*”;⁵⁰ y también: “Lo difícil es, en el plano teórico, estudiar nuestras taras y fallas, nuestras peculiaridades, a la luz de la alienación del hombre contemporáneo”.⁵¹ Allí era donde intervenía la necesidad de dotar al país con las competencias adecuadas a sus necesidades; faltaban esas competencias,

47 Jorge Gaitán Durán, *La revolución invisible. Apuntes sobre la crisis y el desarrollo de Colombia*, reproducido en *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán*, Bogotá, Colcultura, 1975, pp. 315-388. El título aparece como una crítica, por encima de los años, de la Revolución en Marcha de López Pumarejo.

48 No bastan afirmaciones de sabor marxista, como la de estar Colombia en “la fase postrera de la transición del feudalismo al capitalismo” (p. 317) o de que “En esta segunda mitad del siglo XX, casi nadie duda de que el socialismo, en sus diversas formas, vaya en el sentido de la historia” (p. 368) para hacer de Gaitán Durán un hombre de izquierdas. No hay motivos para discrepar notablemente de la visión que él da, en su libro, del proceso histórico vivido por Colombia desde el segundo mandato de Alfonso López Pumarejo, y hasta se puede hablar a este propósito de un alto grado de lucidez. Pero está claro que, dentro de la continuidad de la historia, lo que le importa a Gaitán Durán es la continuidad del poder, del poder de siempre, porque él era ante todo un hombre de ese poder. La mejor manera de afianzar ese poder era, evidentemente, por medio de un *aggiornamento*. Mientras que lo humano fue siempre el centro de la agonía de Zalamea, Gaitán Durán funcionaba a base de principios fríos, de sólo aparente rigor científico, de sólo superficial tinte marxista, y tenía mentalidad de gerente de empresa — como si orientar el devenir de la sociedad colombiana hubiera equivocado a manejar un negocio. Por algunos aciertos de su lectura de *Mito* hecha desde el estalinismo más rígido, aún merece consultarse el trabajo de Álvaro Medina, “*Mito, una revista de la burguesía*”, *Estudios Marxistas*, Bogotá, n° 14, 1977, pp. 64-85.

49 Jorge Gaitán Durán, *La revolución invisible...*, *op. cit.*, p. 317.

50 *Id.*, pp. 330-331. Subrayado de Gaitán Durán.

51 *Id.*, p. 357.

faltaba un saber imprescindible: “No existen los datos que se necesitan para fundar una política, ni los instrumentos para obtener estos datos. No existe el equipo de científicos, planificadores, especialistas, técnicos, que pueda hacer un estudio global de la realidad colombiana”;⁵² “... las clases dirigentes para operar sobre el país, para establecer una política, necesitan *mediaciones culturales y científicas*, que hoy no existen”.⁵³ Por lo que se hacía necesaria “... una reforma en la educación, para impulsar la aparición de los técnicos, los administradores, los investigadores, los intelectuales, los sabios, los pensadores políticos”.⁵⁴ Así sería posible emprender la tarea con dos armas fundamentales, “... la verdad a todo trance y el actuar de acuerdo con nuestras realidades”.⁵⁵

Estos planteamientos de Gaitán Durán, pese a su toma de distancia respecto de las verborreas y prácticas clientelares de los partidos tradicionales y en especial del partido liberal —al cual pertenecía, al fin y al cabo—, no eran tan audaces: él no dejaba de pensar como miembro de la élite dirigente de siempre, ni pasaba de ser el pensador que reflexiona sin tener en cuenta las aspiraciones o ideas de las clases populares por estar convencido de que sabe mejor que ellas lo que les conviene y conviene al país. Lo demuestra su reiterada convicción de que había que hacerle dar un salto cualitativo al capitalismo nacional, por medio de un diálogo que sería entre los políticos, asesorados por sus intelectuales, y los dueños del capital; el sindicalismo obrero no aparece en el proyecto sino como elemento transmisor, pasivo. Con respecto a la tradición criolla, está claro que Gaitán Durán no concibe la menor ruptura: de ninguna manera se sale del marco conceptual de la más chata continuidad política e histórica.⁵⁶ Ni eran esos planteamientos, sobre todo (es lo que interesa aquí), novedosos, pues los había formulado

52 *Id.*, p. 340.

53 *Id.*, p. 342. Subrayado de Gaitán Durán.

54 *Id.*, p. 349.

55 *Id.*, p. 357. En su exilio bonaerense había formulado Zalamea un concepto sobre el uso de la verdad en lo que, según él, había de ser la acción del intelectual: “No mentir nunca al hombre. No subordinar jamás la verdad a una parcialidad” (Jorge Zalamea, “El Señor Presidente. Renuncia de la libertad”, en *El Tiempo*, Bogotá, 15 de mayo de 1952, suplemento literario, p. 3).

56 Aunque el capítulo V de *La revolución invisible...* (“Una prensa patriarcal”) se ciñe, como el resto del libro, a la cuestión política, una parte de las consideraciones de Gaitán Durán sobre *El Tiempo* le cuadra perfectamente al suplemento literario de éste. En ellas parecería expresarse ante todo el literato, el poeta, el fundador de *Mito*, al señalar “pequeñeces” que, si eran las del periódico, eran también las del suplemento y que sólo con dureza podía juzgar; “pequeñeces” que consistían en “transformar mediocridades en figuras nacionales o, al contrario, hacer el

mucho antes, en los años 30, Jorge Zalamea, también como intelectual, asesorando en la acción a un gran líder político; la diferencia radicaba en la convicción clave de Zalamea: debía hacerse sin demora la democracia, había que acabar con las mentiras de la república criolla, las clases populares debían participar en el proceso (y no esperar, como quería Gaitán Durán un cuarto de siglo después, a que las élites crearan las condiciones para que a la larga se les pudiera otorgar desde arriba la democracia).

Con una finalidad bien distinta, muy conscientemente, Gaitán Durán se apoderaba de segmentos importantes del ideario de Zalamea. Primero, de su voluntad de pragmatismo, como cuando dijera Zalamea, incluso antes de adherirse al proyecto de López Pumarejo, en 1933: "... para mí un programa político no es más que *un repertorio de soluciones posibles para problemas actuales...*"⁵⁷ o, una vez vinculado a la Revolución en Marcha, cuando hablara en 1936 de "la restauración de la realidad" que, según él, proponía López.⁵⁸ Y la pasión de Zalamea por la educación (fue un ministro preocupado hasta el extremo por la dimensión cultural, no menos importante a sus ojos que la meramente utilitaria) se había volcado hacia lo que él llamaba "el hecho colombiano": "A (la Universidad) hay que darle una porosidad suficiente para que el hecho colombiano la penetre, la empape y la obligue por saturación a intervenir en el estudio, solución y di-

vacío alrededor de hombres valiosos que no gozan de su favor o simpatía, adulterar o ignorar sistemáticamente ciertos nombres". Pero a la vez el ideólogo y el a medias inconfeso político bien sabía dónde se situaba él mismo al proclamar que tales "pequeñeces" "ciertamente no valen nada en comparación con los servicios que este diario le ha prestado a nuestra tendencia hacia la libertad" (*La revolución invisible, op. cit.*, p. 361). El rigor intelectual y la pertenencia política eran dos cosas distintas y Gaitán Durán no intentaba resolver una contradicción que no podía ignorar — cuanto más que tenía que advertir que esa borrosa noción de libertad, por él usada aquí, equivalía a la restrictiva libertad criolla exaltada por Arciniegas. Gaitán Durán admitía o afirmaba ser uno de esos "intelectuales, burgueses hasta la médula, desgarrados entre su modo de vida y su lucidez" (*id.*, p. 379) pero, como no hubo en él convicciones socialistas, es más pertinente pensar que la "lucidez" era ante todo la del literato y el "modo de vida" su real aunque soterrada adhesión al santismo, al llerismo y, en definitiva, al Frente Nacional. Estas observaciones sobre su ideario deben relacionarse con lo que más adelante se dice de su artículo de septiembre del 49 contra Jorge Zalamea. Una segura continuidad política es la que le sirve de marco a la acción coherente desarrollada por Gaitán Durán en unos quince años.

57 *De Jorge Zalamea a la juventud colombiana* (1933), reproducido en *Literatura, política y arte, op.cit.*, p. 29 (subrayado de Zalamea).

58 Jorge Zalamea, *La cultura conservadora y la cultura del liberalismo* (1936), reproducido en *Literatura, política y arte, op. cit.*, p. 618.

rección de nuestra vida”.⁵⁹ O también: “... no puede satisfacernos el divulgador de una ciencia extranjera mientras no sea capaz de adaptarla al hecho colombiano, que es precisamente el que necesitamos interpretar, modificar y llevar a realización cumplida”.⁶⁰

En cuanto al tema de la burocracia, cuya denuncia en *Mito* se suele enfatizar y que Gaitán Durán en efecto señalaba como un problema grave (“... la proliferación de una burocracia tan costosa como inútil”),⁶¹ Zalamea también lo había tratado muchos años antes, por ejemplo cuando en 1936 se dirigía a la juventud universitaria: “A muchos de vosotros pudo tocaros de rebote esa oleada de ambición, de miedo y de codicia que a tantos precipitó hacia las que se reputaban playas ubérrimas y bien defendidas de la burocracia y la política”,⁶² pero él sabía más, y decía más de lo que nunca dijo ni habría podido decir Gaitán Durán. Ya en 1933 proponía que se estableciera un estatuto de los funcionarios, que los pusiera al servicio exclusivo del Estado y los desvinculara de todo clientelismo político. Tanto en los tiempos de *Crítica*, cuando lo acosaban los santistas,⁶³ como en los años 60, cuando presenciaba las derivas del Frente Nacional, recalca, casi con desesperación, que la adscripción a un partido no debería dar ningún derecho ni convertirse en “cuotas de poder”.⁶⁴ Zalamea, que miraba la farsa con aguda y despiadada mirada, incluso en su exigencia de director de una publicación literaria,⁶⁵ y siempre había sabido volver a la

59 *Id.*, p. 623.

60 *Id.*, p. 624.

61 Jorge Gaitán Durán, *La revolución invisible*, *op. cit.*, p. 356.

62 Jorge Zalamea, *La cultura...*, *op. cit.*, p. 621.

63 Dijo Álvaro Mutis: “Desde un cierto sector liberal golpearon muy duramente a Jorge Zalamea. Esto es terrible, pero era exactamente el tipo de actitud que les iba a permitir a ciertos intelectuales jóvenes iniciar una carrera política”. Cf. Jacques Gilard, “Entretien...”, *op. cit.*, p. 188.

64 Hablaba de “compromiso [...] gratuito, o en todo caso, no pagadero en especies negociables o en cuotas de poder” (Jorge Zalamea, “Arte puro, arte comprometido, arte testimonial”, *Eco*, Bogotá, n° 66, diciembre de 1965, reproducido en *Literatura, política y arte*, *op. cit.*, p. 795). Allí mismo se refería a un “arte vendido”, como había hablado en 1949 de “literatura hipotecada” (“Consideraciones sobre la literatura contemporánea”, *Crítica*, Bogotá, Año I, n° 14, 21 de mayo de 1949, p. 7). También hablaba Álvaro Mutis de la codiciada y venenosa “cuota de poder” al referirse a los intelectuales que se desentendían de lo esencial de su misión y hacían méritos en política (Jacques Gilard, “Entretien...”, *op. cit.*, p. 184).

65 Recordó Álvaro Mutis: “... ese quincenario de Jorge Zalamea fue la primera publicación en donde existe un rigor intransigente. Eso se lo digo porque sé de muchos artículos que se colgaron y de muchos poemas que se colgaron en *Crítica* por pertenecer a un mundo de facilidad, un mundo de compromiso, de seguir un determinado camino, cosas que Jorge no permitía”. Cf. Jacques Gilard, “Entretien...”, *op. cit.*, p. 188.

vida de simple ciudadano cuando concluían las etapas de López Pumarejo en el poder, llegaba realmente a la raíz ética del problema —del que, por cierto, aún no ha salido la Colombia actual—. ⁶⁶

Un punto notablemente más céntrico, trascendental, era la cuestión de la angustia frente al mundo contemporáneo, nacida precisamente de cómo evolucionaba ese mundo. Esta temática entrañaba otra de las fronteras —que siempre era, en el fondo, la misma— que escindían a la inteligencia colombiana de la época. Había de un lado los que abogaban por la imagen de una Colombia pastoril, quieta y sana (como si no hubiera estado haciendo sus estragos la violencia), frente a un mundo exterior moralmente corrupto (Caballero Calderón), entre los que algunos se habían convencido del agotamiento de Europa⁶⁷ y hasta alegrado otros⁶⁸ de su muerte cuando los triunfos militares del nazismo; también los que ya no entendían la evolución de ese mundo, como era el caso de Arciniegas. Del otro estaban los que tenían conciencia del abismo a que se había enfrentado la condición humana con la guerra de España y la guerra mundial, la cual —además— había concluido con la aparición del terror atómico. Gaitán Durán estaba del lado de los que percibían las angustias de su tiempo. Al reflexionar sobre el arte contemporáneo, decía que éste se había de expresar “desde lo humano integral, desde el drama del hombre, desde la angustia y la esperanza universales”⁶⁹ y hablaba de “nuestro siglo transpasado por la angustia cósmica, por múltiples y universales epopeyas guerreras, por el derrumbamiento de instituciones milenarias que la mente del hombre llegó a concebir como indeleznables”, del “caos de la confusión impuesta al espíritu” en

66 El “odio” que según Cobo Borda sentían los de *Mito* por la burocracia (cf. Juan Gustavo Cobo Borda, *Mito. 1955-1962...*, *op. cit.*, p. 6) requiere ser matizado seriamente. Al pensar tanto en los ejecutivos, diplomáticos, políticos y hasta ministros de *Mito* como en esta manera de eximirlos del pecado burocrático (por parte de quien de burocracia sabe mucho, al haber servido por lo menos a seis presidentes sucesivos), surge el recuerdo del irreverente chiste popular que se oía en la España de los años 60 sobre la moral de los miembros del Opus Dei: “Predicar como Cristo y vivir como Dios”...

67 Tomás Vargas Osorio, “Del nacionalismo colombiano”, *El Tiempo*, Bogotá, 24 de mayo de 1941, p. 5.

68 J. A. Osorio Lizarazo, “Del nacionalismo en literatura”, *Revista de las Indias*, Bogotá, n° 41, mayo de 1942, s. p.

69 Jorge Gaitán Durán, “Meditaciones sobre el arte colombiano”, *Sábado*, Bogotá, n° 193, 22 de marzo de 1947, p. 6.

los años de la posguerra.⁷⁰ En la pintura de Alejandro Obregón —que va a cobrar en estas líneas nuestras una capital importancia— veía “una intención de captar la angustia de nuestro tiempo”.⁷¹ Era una postura que puede reconocerse años después, en particular, en el texto proemial de *Mito*.

Pero, si bien había una enorme distancia con respecto a todo un sector de la inteligencia colombiana, no era tampoco Gaitán Durán una excepción. Sobre el mismo Obregón escribiría su amigo Bernardo Restrepo Maya, otro miembro del grupo de Barranquilla:

A través de las maneras contemporáneas, en (su obra) se refleja intensamente su angustiada personalidad contemporánea. Una personalidad integrada fundamentalmente por el desconcierto y por la angustia, erigida sobre un desolado fondo trágico, y en la que el florecimiento del lirismo vitalmente humano es amargura. Aun las cosas que pinta [...] vienen de la tragedia del espíritu actual.⁷²

En esos años, para tomar el caso de un intelectual al que, si bien se le incluyó muy pronto en el comité patrocinador de *Mito*, aún no se le ha hecho justicia en Colombia, hay que recordar con qué insistencia y solemnidad, con qué angustia, trató Eduardo Zalamea Borda del peligro atómico en su columna de la cuarta página de *El Espectador* (y ello frente a la indiferencia de nacionalistas, terrigenas y criollistas). Pero, obviamente, fue Jorge Zalamea el que con más intensidad y constancia manifestó su angustia frente al mundo contemporáneo (y frente a la violencia que iba arrasando al campo colombiano). Lo humano estaba en el centro de su preocupación. Ya en 1942 se había expresado sobre “el hombre, naufrago del siglo XX”.⁷³ En 1947, contestando para *Revista de América* una pregunta de Arciniegas sobre si el mundo iba hacia la izquierda o hacia la derecha, afirmaba que no importaba tanto la disyuntiva y que lo primero era interrogarse sobre la capacidad que tenía el ser humano de defender y ejercer su libertad, y hablaba de “angustia de ver al hombre naufragar en el

70 *Id.*, p. 14.

71 Jorge Gaitán Durán, “La pintura de Obregón”, *El Tiempo*, Bogotá, 22 de mayo de 1948, suplemento literario, p. 3.

72 Bernardo Restrepo Maya, “El pintor Alejandro Obregón”, *El Tiempo*, Bogotá, 8 de agosto de 1948, suplemento literario, p. 4.

73 Jorge Zalamea, “El hombre, naufrago del siglo XX”, *Revista de las Indias*, Bogotá, n° 46, octubre de 1942, pp. 149-159. Era el texto de una conferencia leída unos meses antes en México.

océano enemigo de iglesias, nacionalidades, castas, partidos, clases y facciones".⁷⁴ En realidad, ya era así en los años 30, cuando el nazismo apenas se estaba acercando al poder: a todos se les había anticipado Zalamea sobre esta temática y la angustia le daba tempranamente una tónica *sui generis* a su ideario. Dirigiéndose a sus compañeros de generación que iban a colaborar en la campaña de López Pumarejo, afirmaba que lo preocupaba el "problema económico", a cuya solución estaban ligadas, según él, "la paz y la cultura", en lo que resulta ser una acertada intuición de la venidera violencia colombiana:

...si se logra que el hombre —este infeliz aprendiz de brujo— recuerde la fórmula mágica con que encadenar sus propios engendros, la paz y la cultura habrán ganado su más angustiosa batalla; de no ser así, ya podemos sospechar para nuestros hijos y nuestros nietos una de las vidas más azarosas y desventuradas que cabe imaginar.⁷⁵

Y concluía: "... por mucho que busco la excusa que quisiera tener, sólo encuentro la única que en realidad tengo y que no es otra cosa que la angustia".⁷⁶

Un último punto, dentro de esta enumeración (hay otros que merecen una reflexión aparte), sería algo que puede ser complementariedad y alternancia entre lo estético y lo humano. En el pensamiento de Zalamea, con su convicción muchas veces afirmada de que el arte verdadero es testimonio, lo cual lo aproxima al arte comprometido, sólo que el compromiso es con lo humano y no con un partido (en este último caso sería arte "hipotecado" o "vendido", en los términos de Zalamea), ambas cosas no se pue-

74 Jorge Zalamea, "El hombre en la encrucijada. ¿Hacia la izquierda o hacia la derecha?", *Revista de América*, Bogotá, Vol. X, n° 28, abril de 1947, p. 22. En este artículo retomaba Zalamea algunos párrafos de su texto aparecido en el n° 46 de *Revista de las Indias*. El n° 28 de *Revista de América* es uno de los poquisimos en que Arciniegas se preocupó por la evolución del mundo contemporáneo, aunque lo hacía en forma política o hasta politiquera (se estaba preparando para navegar en las aguas de la entonces llamada "doctrina Truman"), sin la distancia y amplitud que le daba al tema la respuesta de Zalamea. En ésta, planteaba Zalamea con suma claridad su visión de la tarea de los intelectuales, que, de 1948 en adelante, iba a desarrollar y a tratar de convertir en acción. La toma de posición de Zalamea contra el pensamiento parcializado también aparece con notable antelación (ocho años) como el molde en el que se situaría la declaración de principios de *Mito* ("Rechazamos todo dogmatismo, todo sectarismo, todo sistema de prejuicios", había de escribir Gaitán Durán).

75 *De Jorge Zalamea a la juventud colombiana*, en *Literatura, política y arte*, op. cit., p. 50.

76 *Id.*, p. 55.

den separar. *Crítica* no fue solamente una revista literaria y se internó en los remolinos de su circunstancia inmediata, al menos mientras perduraron las garantías democráticas en la Colombia de Ospina Pérez. La revista acudió a la caricatura política y presentó las secciones “La quincena parlamentaria” (a cargo de Luis Vidales) y “Calendario trágico” (después del golpe institucional, la denuncia se deslizó a través de una cuidadosa selección de textos de otras épocas, o de textos contemporáneos procedentes de otras lenguas, como *Montserrat*, de Emmanuel Roblès). También acudió, aunque en la ínfima medida que le permitía el contexto, al testimonio. Pero, tratándose de literatura, la exigencia estética y la exigencia “humana” iban de la mano. Cuando, ya bajo el gobierno de Laureano Gómez, tuvo Hernando Téllez la audacia de publicar en el país *Cenizas para el viento y otras historias*, Zalamea reprodujo en *Crítica* dos de los cuentos de esa colección, también con su buena dosis de audacia pues ambos eran una transparente alusión a la violencia: “Sangre en los jazmines” y “Leción de domingo”. En la presentación que escribió, se refería Zalamea a “... dos dramáticos relatos que serán leídos con emoción doble: la puramente intelectual o estética, y aquella otra que nace de ver nuestra propia, nuestra amarga vida, relatada en las páginas de un libro”.⁷⁷ No iría por un camino distinto *Mito* cuando, menos de cinco años después, afirmara Gaitán Durán en la declaración inicial: “Intentaremos presentar textos en donde el lenguaje haya sido llevado a su máxima tensión, más exactamente en donde aparezca o una *problemática* estética o una *problemática* humana” (subrayado de Gaitán Durán).

El tema del compromiso: entre la tragedia y la farsa

Al contestar la encuesta de *Revista de América*, en 1947, afirmaba Jorge Zalamea:

Yo entiendo, por obvio, que a los jefes de Estado y de partido les interesa saber de qué árbol prefieren colgarse sus gobernados y adeptos. Pero quisiera que otra suerte de hombres y entre ellos en primer término los escritores, los artistas, los científicos, los sacerdotes, los maestros, prefiriesen indagar si la libertad sigue o no siendo el clima natural

77 En *Crítica*, Bogotá, Año II, n° 47, 5 de octubre de 1950, p. 7.

del hombre, su patria, su tierra prometida. Y si la indagatoria resulta por la afirmativa, procurasen unirse en una cruzada universal por el renacimiento del hombre libre.⁷⁸

El tema de la responsabilidad del intelectual vendría a ser, en adelante, su obsesión, marcada por una gran desconfianza hacia la mentalidad de partido —y, a un nivel más anecdótico, hacia el peso de las prebendas en la administración de Colombia—. Si *Crítica* pretendió ser un “quincenario sin compromisos” (aunque no renunciara por ello a lo esencial del credo liberal, el legado de 1789), no dejaba de ser comprometida, *engagée* en el mejor sentido de la palabra. Los compromisos que rechazaba eran las ataduras y las componendas. El compromiso que asumía, y que con este nombre se designaba en la entrega del primer aniversario,⁷⁹ era lo que, el 19 de octubre de 1948, el editorial del primer número había llamado “la liberación y dignificación del hombre” (en segunda línea venía “la administración de la República”). En el segundo aniversario, recordaba el editorial que la revista había venido luchando “contra lo que nos parecía indeseable para la patria y contrario al destino del hombre”, y añadía, insistiendo en el mismo compromiso: “Por eso, más que nunca, es necesario hablar ahora de la libertad y la dignidad del hombre. Hablar de ello a todas horas, con todas las gentes, en todas las circunstancias”.⁸⁰

No tuvieron fortuna la iniciativa y la prédica de Zalamea, a pesar de la tragedia en que se hundía Colombia; *Crítica* y su director casi no obtuvieron ecos en el medio intelectual, y la breve introducción de un artículo de Eduardo Mallea (“Misión del artista”) reconocía el fracaso y esbozaba el reproche que Zalamea nunca formuló entonces públicamente con dureza: “Generalmente, hemos tenido que recurrir a la reproducción de textos extranjeros, pues no hemos alcanzado la fortuna de que los escritores colombianos se interesen poco ni mucho en el tema de su propio destino, de su propia significación”.⁸¹ Su aislamiento en Bogotá era casi total, desde to-

78 Jorge Zalamea, “El hombre en la encrucijada...”, *op. cit.*, p. 25.

79 “Primer aniversario”, *Crítica*, Año I, n° 24, 15 de octubre de 1949, p. 4.

80 “Conmemoración”, *Crítica*, Año II, n° 48, 18 de octubre de 1950, p. 4.

81 *Crítica*, Bogotá, Año III, n° 56, 15 de febrero de 1951, p. 1. También había adoptado Zalamea un perfil bajo al evocar el mismo tema en la entrevista que le hiciera unos meses antes José Hurtado García (José Hurtado García, “Jorge Zalamea. El estilo de ‘Los Nuevos’”, *El Tiempo*, Bogotá, 20 de agosto de 1950, suplemento literario, p. 2).

dos los puntos de vista.⁸² La persona de Zalamea y el tema del compromiso no eran del agrado de los dirigentes liberales y el hecho tenía sus repercusiones en la intelectualidad. No podían tener eficacia los apoyos que recibían *Crítica* y su director en un sector heterodoxo, pero no deja de importar el significado de tales apoyos en la historia intelectual de Colombia. Dos veces manifestó claramente Alfonso Fuenmayor, aunque fuera en su columna del provinciano *El Herald*, la plena comprensión que el grupo de Barranquilla tenía de la acción de Zalamea. Al aparecer el quincenario, lo saludó Alfonso Fuenmayor recordando que había faltado durante varios años un órgano de prensa que orientara ideológicamente la acción del liberalismo, el cual cayó en un sistema de rivalidades personales e hizo posible la victoria conservadora en la elección presidencial de 1946.⁸³ Y luego se refería a la oposición entre la “abolida torre de marfil” y el “ardiente torbellino del mundo”:

Zalamea no ha separado sus actividades literarias de la política [...]. Política y literatura o arte fueron términos que durante mucho tiempo estuvieron oponiéndose de manera más arbitraria que real. Zalamea nunca se aisló en la abolida torre de marfil de la cual aún muchos colombianos no han descendido, incorporándose por estas circunstancias más al frío departamento de arqueología que al ardiente torbellino del mundo.

El semanario (sic) de Zalamea [...] no se limita, sin embargo, sólo a cuestiones intrínsecamente políticas. Es una publicación que refleja la vida contemporánea en sus complejas manifestaciones. Y la refleja de la manera más noble.⁸⁴

Un año después, en vísperas del golpe conservador y en un momento en el que Zalamea acababa de sufrir dos semanas de arresto —sin explicación pero en realidad por haber publicado “La metamorfosis de Su Exce-

82 Álvaro Mutis se refirió a presiones que se ejercieron sobre él para que no siguiera dando anuncios de Bavaria a *Crítica*. Cf. Jacques Gilard, “Entretien...”, *op. cit.*, p. 188.

83 Alfonso Fuenmayor, de familia liberal, escribía además en un diario liberal. Su actitud política estaba situada mucho más allá del liberalismo y estaba reñida del todo con el santismo (con sus amigos Cepeda Samudio y Germán Vargas, permanecía fiel entonces a un esquema de tipo frente popular). Pero al igual que para Zalamea, los principios del liberalismo, como herencia de las ideas de 1789, tenían su adhesión.

84 Alfonso Fuenmayor, ‘Aire del día’, “Crítica”, en *El Herald*, Barranquilla, 27 de octubre de 1948, p. 3.

lencia”—,⁸⁵ Alfonso Fuenmayor volvió a dedicar a la acción de *Crítica* una nota de inequívoco contenido en su columna ‘Aire del día’:

Ahora que tantas cosas buenas conseguidas con dolor empiezan a descomponerse bajo un régimen que ha entronizado el crimen y la impunidad, Zalamea es un ejemplo de lucha que personifica lo mejor del liberalismo y que señala el puesto irrenunciable que en estos momentos le corresponde a la inteligencia colombiana que él representa de manera tan cabal.⁸⁶

El compromiso a la manera de Zalamea, tan claramente expresado por Alfonso Fuenmayor, era un tema tabú, pero pasó a ser tema de buen recibo y casi que obligado a raíz del incendio de los diarios liberales por las turbas godas, en septiembre de 1952. La verborrea sobre el compromiso del intelectual, la responsabilidad del intelectual y la misión del intelectual empezó a imperar entonces, especialmente en *El Tiempo* —mientras *El Espectador*, también damnificado, tomaba las cosas de manera diferente—. El auge de la tensión y su estallido dieron lugar a una producción abundante y múltiple, cifrada en unos cuantos clichés que no eran más que la expresión de un nuevo conformismo —y una nueva manera de hacer méritos—. ⁸⁷ Entre

85 Jorge Zalamea, “La metamorfosis de Su Excelencia”, en *Crítica*, Bogotá, Año I, n° 23, 1 de octubre de 1949, pp. 6-7 & 23.

86 Alfonso Fuenmayor, ‘Aire del día’, “Crítica”, en *El Heraldo*, Barranquilla, 5 de noviembre de 1949, p. 3.

87 Mientras aún había polémicas de tipo clásico, como la que tuvo lugar sobre si había o no había en Colombia una tradición humanística (abril a junio de 1951), mientras López de Mesa seguía disertando sobre “helenismo colombiano” (*El Tiempo*, 23 de marzo de 1952), algún eco, prudente, empezaba a tener el interrogante sembrado por Jorge Zalamea: Jaime Posada, “¿La muerte del intelectual?” (*El Tiempo*, 6 de mayo de 1951). Con la agravación de la situación política en 1952, aparece con más fuerza lo que tanto se había eludido: Antonio García, “¿Incapacidad de los intelectuales?” (*El Tiempo*, 17 de agosto de 1952); Eduardo Caballero Calderón, “La posición del escritor” (*El Tiempo*, 14 de septiembre de 1952); Eduardo Santa, “Drama y tarea”, y Jaime Ibáñez, “Servidumbre de la literatura” (*El Tiempo*, 26 de octubre de 1952). Se destaca en ese periodo la emoción de “La biblioteca”, de Pedro Gómez Valderrama (*El Tiempo*, 14 de septiembre de 1952). Más tarde, con sus bloqueos ideológicos de siempre, Eduardo Caballero Calderón: “La libertad y el escritor” (*El Tiempo*, 10 de octubre de 1954). Al mismo tiempo seguía la rutina de la vida literaria, y el tema del compromiso y de la responsabilidad del intelectual se iba convirtiendo en un renglón más en el temario del repetitivo contenido del suplemento de *El Tiempo*. De esa ola repentina de textos sobre el compromiso dice Álvaro Mutis: “Ese tema lo había desarrollado Jorge Zalamea en *Crítica* con unas dimensiones muy propias, especiales. Y de pronto aparecieron bastantes artículos sobre el compromiso, si se acuerda. Es el viejo truco, tomar las armas del enemigo, apropiárselas y decir: ‘Esta idea es nuestra’”. Cf. Jacques Gilard, “Entretien...”, *op. cit.*, p. 190.

los que participaron, fue sin duda alguna Hernando Téllez el más coherente consigo mismo pues así continuaba con interrogantes que él mismo había empezado a rondar años antes, precisamente por su aguda percepción de las condiciones de la posguerra.⁸⁸ Esa verborrea —que Zalamea había previsto—⁸⁹ se trasladó después a las páginas de *Mito*. Y allí se quedó, hasta 1962, desembocando en lo grotesco con el discurso de Carranza en el homenaje a Gaitán Durán. ¿Ante qué peligros se estaba en 1962, más apremiantes que los de 1949? El poeta de Piedra y Cielo, ex filofascista y ex funcionario de varios gobiernos, no vacilaba en declarar: “Repito que nunca fue tan grande nuestra responsabilidad y que debemos asumir una actitud dinámica y creadora como tales escritores, como tales hombres, como tales poetas que somos, y que nos debemos a nuestro tiempo y a nuestra patria”.⁹⁰

En paralelo, hay que recordar que también se llegó a elogiar en *Mito* a los líderes del liberalismo. Ese falso y oportunista compromiso puesto de moda en 1952, que Mutis designaba en 1993 con el despectivo término francés de “carriérisme”⁹¹, le sugirió entonces unas reacciones muy críticas —muy dentro de la línea de Zalamea,⁹² y del todo reñidas con el conformismo de nuevo cuño que se estaba imponiendo—. A muy pocos días de los incendios, cuando empezaba a hervir la cuestión del compromiso,

88 Hernando Téllez, “La encrucijada” (*El Tiempo*, 3 de junio de 1951), “Nuestro compromiso. En la hora cero” (*El Tiempo*, 5 de abril de 1953), “El intelectual y la política” (*El Tiempo*, 30 de agosto de 1953), entre otros artículos y ensayos. Téllez ya se había planteado en vigorosos trabajos lo que implicaba la tarea del escritor en una sociedad capitalista, particularmente con “Un testimonio sobre la vida” (*El Tiempo*, 25 de enero de 1948); esta nota se situaba en el ambiente de polémica suscitado por la traducción que Téllez hizo de *La putain respectueuse*, de Sartre (bajo el título edulcorado de *La mujer respetuosa*, suplemento de *El Tiempo*, 18 de enero de 1948) y que causó la indignación de Enrique Santos Montejo, “Calibán”.

89 En su artículo “La misión de los intelectuales”, Zalamea mencionaba “el retardado eco de un debate que no se ha cerrado en Europa y que seguramente no cerraremos nosotros en mucho tiempo”. (Jorge Zalamea, “La misión de los intelectuales”, *El Tiempo*, Bogotá, 16 de abril de 1950, suplemento literario, p. 1).

90 Discurso leído por Eduardo Carranza el 16 de febrero de 1962. En *Mito*, Año VII, n° 41/42, abril-mayo-junio de 1962. Cfr *Mito, 1955-1962. Selección de textos, op. cit.*, pp. 31-32.

91 Cf. Jacques Gilard, “Entretien...”, *op. cit.*, p. 190.

92 Se refiere Mutis a los mismos “valores permanentes” mencionados por Zalamea, dos meses antes, en la carta con que remitía a Arciniegas desde Buenos Aires un ejemplar de *El gran Burundún-Burundú ha muerto*. Cf. Jorge Zalamea, *Literatura, política y arte, op. cit.*, p. 371-372. Acuñada por Zalamea, la fórmula “valores permanentes” pasó a ser bandera fundamental en el ideario de Mutis. Era, en 1952, el mismo rechazo a la “literatura hipotecada” de que hablara Zalamea en *Crítica*.

dijo Mutis en una entrevista radial: "La misión de los intelectuales en la hora actual y en todas las horas debe ser la de trabajar para la creación de valores estéticos permanentes y la conservación justa y verdadera de los creados en el pasado".⁹³

Y, un mes después, a raíz de una réplica de Hernando Téllez, especificó un poco más, en *El Espectador*, de manera muy personal, lo que le parecía ser el falso debate entre ética y estética:

Y no solamente ahora, en estas especiales condiciones, sino en todas las edades, sería inútil tratar de producir obra de arte a espaldas del tiempo [...].

Ahora bien, el que esta obra de arte perdurable desempeñe una función social, es cosa que debemos dejar a la Divina Providencia. Ella se encargará de que cumpla esta función a más de todas las otras que puede desempeñar ocasionalmente un poema, un cuadro o un cuarteto. La función social, en el sentido de operar sobre valores sociales específicos, no es calidad definitiva de la producción artística; es únicamente uno de los muchos avatares a que se ve sometida en el curso de los siglos vividos por el hombre.⁹⁴

Salta a la vista la relación que hay entre estas afirmaciones de Álvaro Mutis y la forma como concluyó García Márquez, siete años después, su artículo sobre la novela de la Violencia: "La aparición de esa gran novela es inevitable en una segunda vuelta de ganadores. Aunque ciertos impacientes consideren que entonces será demasiado tarde para que sirva de algo el contenido político que tendrá sin remedio en cualquier tiempo".⁹⁵

En cuanto a Mutis, volvían a aparecer conceptos parecidos en la entrevista que García Márquez (el cual usaba entonces, no por casualidad, su seudónimo barranquillero de Septimus) le hizo para el *Dominical* de *El Espectador* a raíz de la publicación de *Los elementos del desastre*. Nuevamente afirmaba Mutis que "la única función que debe tener la obra de arte es crear valores estéticos permanentes".⁹⁶

93 Del radioperiódico 'Noticias Culturales', transcrito bajo el título de "El engendro del pleito de generaciones", en *El Espectador*, Bogotá, 18 de septiembre de 1952, p. 4.

94 Álvaro Mutis, "Otras pamplinas", en *El Espectador*, Bogotá, 14 de octubre de 1952, p. 4.

95 Gabriel García Márquez, "Dos o tres cosas...", *op. cit.*, p. 13.

96 Gabriel García Márquez (Septimus), "Los elementos del desastre", *op. cit.*, p. 8.

El tema del compromiso podría resultar inagotable. Importaba, ante todo, subrayar quién lo había formulado (Zalamea), dónde se había desplegado (en *Crítica*), dónde lo habían bloqueado (en *El Tiempo* y entre los intelectuales que allí colaboraban), dónde lo recuperaron (allí mismo), y quién cuestionó la nueva moda y dónde (Mutis, en *El Espectador*, mientras que, en su provincia, el grupo de Barranquilla ya había optado con Obregón por la idea de que el arte, un arte intransigente, había de ser la trinchera). Todo ello para ubicar mejor en el panorama colombiano la frase que figura en el texto inaugural de *Mito*: “Nuestra única intransigencia consistirá en no aceptar nada que atente contra la condición humana”. La frase existe y salió donde salió. No se trata de negarlo, pero tampoco es posible olvidar que Zalamea había insistido años antes en la defensa de “la libertad y la dignidad del hombre”. Y no había entrado en componendas, ni había caído en la farsa.

Individualismo y “colectivismo”

Donde con mayor constancia y nitidez se marcaba la especificidad del pensamiento de Gaitán Durán era en la cuestión de la relación del arte con su entorno, con la comunidad (¿nacional?) en que actuaba y se desarrollaba y se suponía había de influir. La manifestación más clara de ello se encuentra en el texto inaugural de *Mito*, aunque, entonces, sea por medio de una expresión algo cabalística: “Nos interesa apenas que (las palabras) sean honestas con el medio en donde vegetan penosamente o se expanden, triunfales. Nos interesa que sean responsables. Pero de por sí esta lealtad implica un más vasto horizonte: el reino de los significados morales”. Para desentrañar la idea subyacente y encontrarla bajo una forma más cruda, hay que remontarse varios años hacia atrás. En sus “Meditaciones sobre el arte colombiano”, de 1947, Gaitán Durán oponía “individualismo” y “colectivismo” —esta última palabra, tan abrupta, en las condiciones de la naciente guerra fría, debía sonar como una provocación y tenía algo de la dudosa pose mesiánica de que nunca se deshizo del todo el fundador de *Mito* (cf. la supuesta convicción sobre el socialismo ineluctable)—. En ese ensayo, extraño en al menos dos puntos⁹⁷ y permeado por la subyacente

97 Gaitán Durán reflexionaba sobre el arte del siglo XX sin mencionar una sola vez a Picasso. Por otra parte, definía más que perentoriamente lo que tenía que ser la pintura de su tiempo: “Yo estoy de acuerdo totalmente, sin restricciones ni salvedades, con los que afirman que (la forma

noción del progreso, afirmaba que se daba en el arte “un retorno hacia el colectivismo, hacia la mística, hacia lo infinito y religioso”. Le parecía a Gaitán Durán que el arte colombiano sufría de “las oscuras fuerzas retardatarias del individualismo”,⁹⁸ pero que gracias a los jóvenes pintores del país, entregados ya a una tarea de renovación,

las fuerzas retardatarias del individualismo [...] son ineluctablemente superadas por la revolución colectivista, que se desprende de las variabilidades sociales del medio popular, de las circunstancias económicas tan necesarias como en el hombre la muerte o la vida dependen de ciertas combinaciones o disoluciones físicas.⁹⁹

La textura ética de esta concepción resulta clara, así como su consecuencia: la producción artística no podía situarse sino en un marco imperioso, imperativo y, a la postre, autoritario. Exigencias de rigor ético y estético sí las había —y en ello Gaitán Durán se reunía con los que en mayor o menor grado condenaban los habituales facilismos del medio intelectual colombiano (Zalamea, Zalamea Borda, Téllez, el grupo de Barranquilla antes y después de la integración de García Márquez)—, lo mismo que, unos años más tarde, en el proemio y en una parte de la acción de *Mito*, pero tampoco faltaba la idea de un control sobre el arte y la inteligencia. La vigorosa aspiración a que se renovaran los conceptos, los motivos y las formas no impedía que hubiera continuidad con la fofa filosofía de la república criolla. Superar los esquemas obsoletos, sí, pero sin romper con la finalidad, que era mantener el viejo control, el control de siempre: gatopardismo... El hoy bien olvidado “Congreso de Intelectuales Nuevos” de 1949, en el que participó activamente Gaitán Durán y cuyos resultados elogió en forma desmedida, fue una señal inequívoca de esa estrategia, como se verá más adelante.

definitiva del arte) será el gran mural arquitectónico, estático y colectivo; sin volúmenes, ni perspectiva; ejecutado con simples planos o con el rasgo fuerte y profundo tomado del oriente”. Jorge Gaitán Durán, “Meditaciones sobre el arte colombiano”, *op. cit.*, p. 6. Como se ve, también el mural había de ser, entre otras cosas, “colectivo”.

98 *Ibid.*

99 *Id.*, p. 14.

Una de las “proposiciones” salidas de ese Congreso, inserta en el artículo 50 de sus conclusiones, estipulaba: “El Arte en sus varias manifestaciones es patrimonio de la comunidad y medio de expresión de sus sentimientos éticos y estéticos”.¹⁰⁰ Era, por cierto, la única alusión al arte que se hacía en ese documento. Sobre este punto ironizó Alfonso Fuenmayor, en su columna de *El Heraldo* de Barranquilla:

Quizá esto sea así, inevitablemente así. Pero no es todo. En el arte hay jerarquía y ésta se la da la categoría que tenga la expresión de aquellos sentimientos estéticos y éticos, ya que por el solo hecho de que esa interpretación exista y sea más o menos fiel no puede considerarse una obra de arte.¹⁰¹

Y, sobre todo, recalcó lo que era el credo del grupo de Barranquilla, un credo que nunca se había expresado ni se volvería a expresar con tanta claridad: “La creación artística o intelectual es un acto estrictamente individual. Como producto individual, aunque los estímulos sean objetivos, no puede someterse a discusiones colectivas y a decisiones igualmente colectivas”. Y añadía, volviendo al tono de humor remolón que es la mejor definición de su estilo, que una reunión de intelectuales puede presentar los amables rasgos de una “tertulia” pero no una “característica sindical”. Era una clara reivindicación del individualismo, y ciertamente no como la “fuerza retardataria” que hubiera dicho Gaitán Durán —al que, en su comentario, definía irónicamente Fuenmayor como “el inteligente poeta”, demostrando así saber perfectamente que se trataba de un punto esencial del debate y quién se ponía a la cabeza del bando contrario—.

Aunque el grupo de Barranquilla había tenido el estímulo decisivo de la obra pictórica que Obregón desarrollara entonces principalmente en la ciudad costeña, entroncaba su idea con el pensamiento de Zalamea y también de éste se nutría en buena parte. El propio Zalamea tenía una aguda conciencia del motivo de discordia y no debía de ser por casualidad si, casi un año después, al ser entrevistado por José Hurtado García, volvió sobre lo que en su tiempo había sido a este propósito la actitud del grupo de Los Nuevos y establecía un vínculo con el auge de los totalitarismos. La men-

100 Anónimo, “El Congreso de Intelectuales Nuevos. Conclusiones”, en *El Tiempo*, Bogotá, 4 de septiembre de 1949, suplemento literario, p. 3

101 Alfonso Fuenmayor, ‘Aire del día’, “Congreso artístico”, en *El Heraldo*, Barranquilla, 26 de septiembre de 1949, p. 3.

ción de la “colectivización”, al parecer, quería remitir al concepto que formulara Gaitán Durán unos años antes. Destacaba Zalamea que “la producción artística de Los Nuevos nunca fue una producción de escuela”, que tuvo un “orgulloso respeto a la personalidad”, que “no nació nunca de una fórmula ni se sometió jamás a preceptos de escuela”, explicando luego:

Esto es tanto más importante si se tiene en cuenta que en el mundo entero existía ya una clara tendencia a cierta colectivización en la inteligencia y en el arte, en la que no sería difícil encontrar uno de los gérmenes más activos de las enfermedades que aquejan a nuestro tiempo.¹⁰²

La idea del arte como testimonio, defendida por Zalamea, se inscribía obvia e insistentemente dentro del ámbito del “individualismo” que condenaba Gaitán Durán. Por ejemplo, en esta afirmación de Zalamea, de 1965: “... si el artista es auténtico, el testimonio es ineludible”.¹⁰³ O en la idea de que el estilo propio permite al artista “confesarse a sí mismo y dar testimonio de lo exterior a él en forma simultánea”.¹⁰⁴

Obregón suministra sobre este problema un ejemplo muy dicente —por su pertenencia al joven grupo de Barranquilla en los años 1945-1949 y por su relación con Gaitán Durán, el cual tendía a ver en su pintura una confirmación de sus propias reflexiones—. Hablando a grandes rasgos, Obregón se situaba resueltamente del lado de los “individualistas”, siendo su propio ejemplo una base para que el grupo de Barranquilla se situara de la misma manera. En una fecha tan temprana como 1945, cuando acababa de derrumbarse el nazismo y aún perduraba la resistencia de Japón, momento que era de unanimidad e ilusiones democráticas dentro de la línea de los frentes populares, se negaba a que su pintura fuera otra cosa que una obra individual. A las preguntas de Camacho Ramírez, obviamente teñidas del optimismo de esos meses, contestaba que “lo importante es la realización de la verdad íntima y del sentir del autor” e insistía en que el “sentimiento del autor [...] se hace colectivo, nada más”.¹⁰⁵ No menos significativo es el contenido de su nota crítica sobre la exposición de Enrique Grau,

102 José Hurtado García “Jorge Zalamea. El estilo de ‘Los Nuevos’”, *El Tiempo*, Bogotá, 20 de agosto de 1950, suplemento literario, p. 2.

103 “Arte puro...”, *op. cit.*, p. 792.

104 *Id.*, p. 795.

105 Arturo Camacho Ramírez, “Alejandro Obregón, pintor colombiano”, *Sábado*, Bogotá, año III, n° 103, 30 de junio de 1945, p. 5.

en septiembre de 1948. Para entonces, Obregón estaba en contacto con Gaitán Durán y éste ya había comentado sus exposiciones bogotanas. A propósito de la reciente pintura de su colega y amigo cartagenero, Obregón afirmaba sin la sombra de una ambigüedad: "Siempre hemos creído que la razón de ser de un artista ante una sociedad es la de mostrar fielmente lo que es él, con todas las repercusiones que siente al ser parte de una comunidad".¹⁰⁶ A todas luces, en ese año de fractura que era el 48, Obregón no quería que lo adscribieran al bando de los "colectivistas". Lo cual ya estaba claro —en las mismas semanas que seguían al drama del 9 de abril— en este comentario de su amigo Alfonso Fuenmayor sobre su exposición: "... ha emprendido con fe diversos derroteros estéticos en la cruel y a veces decepcionante faena de encontrarse a sí mismo".¹⁰⁷

El ponerse a la cabeza de una corriente "colectivista" que pregonaba no sólo la responsabilidad sino también el liderazgo del intelectual eximía a Gaitán Durán de ciertas componendas vergonzantes, lo mismo que de ellas lo eximía la exigencia de calidad estética y humana (y en ello se reunía con los mejores del bando de los "individualistas", como Jorge Zalamea, Eduardo Zalamea Borda, García Márquez y sus amigos, Mutis). Pero, por otro lado, siendo el medio colombiano lo que era, su afán de intervenir en el campo social, no como creador sino como intelectual, lo llevaba a otro tipo de componendas y lo hacía participar en los espúreos juegos del poder, aunque no lo admitiera, aunque afirmara lo contrario. Un abismo lo separaba de los que pensaban, como Mutis, que el compromiso del artista era "la obligación de decir la verdad del ser"¹⁰⁸ o, como García Márquez, que "el principal deber político de un escritor es escribir bien".¹⁰⁹

Controlar el pensamiento

En *Mito* desembocaban interrogantes y soluciones que se habían ido forjando durante el decenio anterior en el medio intelectual, no siempre (valga el eufemismo) al unísono de los dramas vividos por el país. La vio-

106 Alejandro Obregón, "El pintor Enrique Grau", *El Tiempo*, Bogotá, 26 de septiembre de 1948, suplemento literario, p. 2.

107 Alfonso Fuenmayor, 'Aire del día', "El pintor Alejandro Obregón", *El Heraldo*, Barranquilla, 30 de abril de 1948, p. 3.

108 Cf. Jacques Gilard, "Entretien...", *op. cit.*, p. 190.

109 Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, *La novela en América Latina. Diálogo*, Lima, Carlos Milla Batres Ediciones / UNII, s. f. (1967), p. 41.

lencia no entraba del todo en el panorama abarcado por los debates. La insistencia puesta por Jorge Zalamea en denunciarla era trágicamente solitaria; los contenidos del suplemento literario de *El Tiempo*, por ejemplo, eludían esta temática; pasaba lo mismo, y ello más claramente aún, con los nutridos e indigentes sumarios de la *Revista de América* de Arciniegas. De lo que se trataba, por haber una evidente ceguera hacia los hechos y una fe ingenua en que, de todas formas, el liberalismo recuperaría el poder en la elección presidencial de 1950 (la cual, como se sabe, tuvo lugar en noviembre de 1949 y con Laureano Gómez como candidato único por haber tenido que retirarse Darío Echandía), era de preparar el regreso a la república liberal y de armar los mecanismos, políticos e intelectuales, que entrarían a funcionar en la nueva era con que se soñaba. Allí volvía a manifestarse la fractura que había atravesado al liberalismo y en su seno persistía: la escisión entre el lopismo democrático y el santismo quietista. Era difícil ignorar lo que había significado como aporte la política de López Pumarejo, pero también se quería evitar en el bando santista que la república criolla fuera nuevamente cuestionada como lo había sido por la Revolución en Marcha. De ahí la necesidad, en 1949 y en los años siguientes, de mantener un control riguroso sobre el pensamiento y, para decirlo como Gaitán Durán en 1955, sobre las palabras —tratárase de ensayos o textos de creación—.

Esta tarea había sido durante años la de Germán Arciniegas. En sus tiempos de director de la *Revista de las Indias*, de 1938 a 1944, fue un eficaz perro guardián.¹¹⁰ La revista debía ser, en principio, un órgano del antifascismo español e hispanoamericano y, también en principio, punto de convergencia de la inteligencia progresista del subcontinente, pero pronto vino a ser una publicación esencialmente colombiana. Arciniegas, a quien sus funciones diplomáticas en Buenos Aires (1939-1941) permitieron ser el primero de los poquísimos colombianos que colaboraron en *Sur*, tuvo una gran responsabilidad en esta colombianización de *Revista de las Indias*. Es particularmente llamativo el hecho de que él, que había colaborado en *Sur*, no dejara pasar a las páginas de su propia publicación un solo texto de o sobre Borges, Bioy Casares o Silvina Ocampo (en cambio algo

110 Marta Traba oponía “el servilismo de Arciniegas y la cólera de Jorge Zalamea” (Marta Traba, “Prólogo”, en Hernando Téllez, *Cenizas para el viento y otras historias*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1969, p. 14).

hubo de y sobre Mallea) —sea por no haberlos evaluado correctamente, sea por haber pensado que representaban nuevas modalidades de la creación literaria hispanoamericana e iban a opacar su propio prestigio local—. El resultado está a la vista: Arciniegas puso una barrera y las lecturas de los colombianos sufrieron así un retraso de diez años largos. Por otra parte, una vez que regresó a Bogotá y fue ministro de Eduardo Santos, *Revista de las Indias* tomó un nuevo sesgo al abrirse a la literatura y al pensamiento nacionalistas, ante los que se había mostrado hasta entonces reticente. Era una forma de participar, cuando sólo se estaba en la campaña electoral de 1942, en la hostilización que sufriría López Pumarejo hasta su renuncia de 1945. Como director de la revista, Arciniegas tuvo un importante papel en el control de las ideas: lo demuestra el deshielo en la nómina de colaboradores y en los contenidos, que se produjo a raíz de su separación del cargo directorial (en junio de 1944, después del n° 65; los lopistas habían demostrado una gran paciencia). Posteriormente, en la *Revista de América*, creada por *El Tiempo* para él (primera entrega en enero de 1945), continuó en la misma línea quietista y repetitiva, con una cesura que podemos situar en el n° 30, de mayo de 1947, cuando aparece por última vez en sus sumarios el líder progresista norteamericano Henry A. Wallace y sigue colaborando el chileno anticomunista Carlos Dávila; es el momento en que Arciniegas se pasa de una concepción criolla y decimonónica de la libertad a otra, trumaniana y premaccarthysta, desentendiéndose de la violencia colombiana y tratando el existencialismo a base de chistes mediocres. No había sido capaz de tomar la medida de esos años de la posguerra y quedaba totalmente desfasado con respecto a las nuevas condiciones del mundo y del país, incluso en materia de pensamiento.

Para los que él había servido hasta entonces y que, por cierto, nunca le fueron desagradecidos, se volvía necesario establecer una nueva baza en el control del medio intelectual. El control requería ser actualizado. La tarea incumbiría a jóvenes que habían vibrado con la propaganda de las democracias durante la guerra y tenían una conciencia aguda de todo lo que implicaban la guerra fría y la violencia, que supieran de pensamiento contemporáneo y estuvieran dispuestos a servir en el bando santista. Es, también, lo que subyace a lo que entonces se llamó “el pleito de las generaciones”. En las labores que habían de colocar en su sitio las piezas de la futura república liberal, había que deshacerse de nociones agotadas (las predilectas de Arciniegas y López de Mesa, y toda la sensibilidad criollista y

terrigenista), recuperar segmentos completos de la utilería conceptual del lopismo (y, por lo tanto, ideas de Zalamea) y, al mismo tiempo, mantener a raya o aplastar a los que aún llevaban en sí, bien viva, la dinámica del lopismo: Zalamea muy especialmente. Arciniegas no importaba tanto; lo dejaron vivir su nueva vida norteamericana, siguieron publicándolo, pero de alguna manera se deshicieron de él (no participó en *Mito*). En el suplemento de *El Tiempo* convivieron las firmas de la vieja guardia y las de nuevos mosqueteros, más intransigentes: continuidad y renovación se dieron bajo la dirección de Jaime Posada, que fuera secretario de Arciniegas, del ministro Arciniegas en el gobierno del designado Lleras Camargo (1945-1946), y fue quien reunió y presidió en julio, agosto y septiembre de 1949, a lo largo de varias sesiones sabatinas y dominicales, el “Congreso de Intelectuales Nuevos”.

Era ese congreso, en las palabras finales de Jaime Posada, una “reunión de las gentes nuevas de la inteligencia, consagrada a escrutar los problemas públicos y a plantear una idea de servicio colombiano”.¹¹¹ Había en el programa la intención de promover valores de democracia y libertad, así como una voluntad de efectuar una aproximación pragmática a las condiciones reales de Colombia —en los aspectos de “hombre, sociedad y territorio”, como decía en el discurso inaugural Álvaro Esguerra¹¹² y repetía en su texto de clausura Jaime Posada—. De ahí debía salir un organismo permanente, un “instituto de altos estudios” encargado de poner en práctica las orientaciones esbozadas en el congreso. Las conclusiones a que se llegó entonces, en no menos de cincuenta y seis artículos,¹¹³ contemplaban todos los aspectos de la sociedad colombiana. A veces con perogrulladas (el artículo 9 sobre la familia), otras veces con ingenuidades, por lo obvio del contenido (el artículo 27 sobre formas de energía), otras con hechos básicos que, una vez comprobados nuevamente, dejaban intacto el problema (el artículo 31 sobre monoexportación y sobre transformación industrial del producto agrícola). El artículo 51, probablemente el más serio del conjunto, proponía tener en cuenta la variedad étnica y cultural del país; era

111 Jaime Posada, “Palabras para los intelectuales”, *El Tiempo*, Bogotá, 11 de septiembre de 1949, suplemento literario, p. 1.

112 Álvaro Esguerra, “El análisis de la vida colombiana”, en *El Tiempo*, Bogotá, 17 de julio de 1949, suplemento literario, pp. 1 & 4. Se pretendía, según Esguerra, nada menos que continuar la obra de la Expedición Botánica y de la Comisión Corográfica.

113 “El Congreso de Intelectuales Nuevos. Conclusiones”, *op. cit.*

una novedad, tal vez platónica, al menos desde lo que era el campo de *El Tiempo*. El artículo 56, el último, volvía a descubrir una necesidad que hace dudar de la seriedad del conjunto. Decía en particular, como si se hubiera tratado de una novedad: “El intelectual debe mantenerse en contacto con su medio”. Eran loables las inquietudes que se expresaban en el bienintencionado documento (el cual se salvaba, al menos, de los defectos de la oratoria nacional), y allí asomaban problemas reales, pero de ese mes y medio de debates no salió sino el proyecto de crear el instituto de altos estudios, que nunca llegó a existir, salvo por medio de unos cuantos principios básicos, impresos en un recuadro de la misma página de *El Tiempo*. Lo llamativo es que, de todas formas, existía ese instituto: era la Escuela Normal Superior, fundada en 1936 por López Pumarejo, que perduraba a pesar de las limitaciones que ya le había impuesto el poder conservador, pero es cierto que por ser creación de López y por haber contado con la presencia de intelectuales marxistas la Escuela no podía ser de mención grata en un congreso auspiciado por *El Tiempo*.¹¹⁴ Lo chocante, en términos más generales, era que mientras ese “Congreso de Intelectuales Nuevos” terminaba sus sesiones, en el Congreso de la República, el representante del liberalismo boyacense, Gustavo Jiménez, moría bajo las balas de un conservador. El divorcio era notorio entre esos debates y el momento que vivía el país; algo de ello dijo Jaime Posada en su discurso final, pero no con ello se corregía la miopía de quienes habían participado: preparaban el porvenir de una nueva y anhelada república liberal, cuando en realidad se estaba en plena catástrofe.

Era significativa la intención de crear un instituto de altos estudios a pesar de existir la Escuela Normal Superior: a los que se habían reunido en ese congreso les dolía el lopismo. Asumir la promoción de la democracia y la libertad y pretender actuar con pragmatismo equivalía a calzar, usurpándolas, las botas de López Pumarejo, pues la finalidad era otra: no se tenía en cuenta la posible participación del pueblo raso en la acción proyectada. La élite intelectual (que era a la vez pensamiento y poder y burocracia) pensaba por el pueblo y en su lugar, excluyéndolo anticipadamente de todas las decisiones venideras. Se hablaba de progreso, pero iba a ser un progreso bajo control. La comunidad de línea con lo que sería en 1959 el

114 En *La revolución invisible...*, Gaitán Durán mencionaría fugazmente la Escuela Normal Superior de 1946, “de orientación avanzada” (*op. cit.*, p. 350).

proyecto de Gaitán Durán es tanto más evidente que él mismo participó en las labores del congreso. La deuda era obvia, en las conclusiones del congreso, con respecto a Jorge Zalamea. Ejemplar es un cotejo que se puede hacer a propósito del artículo 46 de las conclusiones, dedicado a la Universidad. Decía:

En la Universidad deben culminar los procesos de Instrucción y Educación. Ella debe inculcar el sentido de la responsabilidad social en los profesionales, estudiar permanentemente los problemas nacionales y ofrecer prospectos de solución, mediante un régimen de investigación activa y de cátedra libre.

Y en 1936 había dicho Jorge Zalamea:

El país va a necesitaros bien pronto; más aún, va a ponerse en vuestras manos para que decidáis de su destino; pero os va a necesitar hechos y varones por el conocimiento, aguerridos en el estudio, limpios de concupiscencia y opulentos de generosidad espiritual.¹¹⁵

Salvo el verbo rutilante de Zalamea, la “proposición” del congreso suena a plagio —recuérdese que Zalamea, en otros pasajes de su discurso de 1936, también se había referido a la investigación, hablando del “hecho colombiano”—. El artículo 54 da esa misma impresión de plagio (“La concepción fragmentaria y teórica de los problemas propios y su falta de investigación han contribuido a mantener una cultura incipiente, subordinada a corrientes foráneas”) por resultar muy cercano a formulaciones de Zalamea en el mismo discurso de 1936.

La renovación generacional, que dio en esos años materia para muchos debates (el “pleito de las generaciones”), fue solamente una apariencia, al máximo fue un elemento subalterno, en algo que era una lucha por el liderazgo intelectual en el control de las ideas. Por un lado, había que acabar con la herencia viva del lopismo, incluso valiéndose de una parte de sus ideas; por el otro, había que actualizar ese control. La actualización se hizo sin mayores problemas, con la evicción de Arciniegas, cuanto más fácilmente que las páginas del suplemento de *El Tiempo* dieron cabida lo mismo a la vieja que a la joven guardia: no usaban los mismos instrumentos pero compartían la finalidad. La otra parte del programa consistió en

115 Jorge Zalamea, *Cultura...*, en *Literatura, política y arte*, op. cit., p. 622.

aplastar a Jorge Zalamea. Este, aislado y a la postre vencido, no tanto por la dictadura conservadora como por el ala derecha del partido liberal, no tuvo más remedio que dejar morir a *Crítica* y finalmente exiliarse (a Buenos Aires en 1952, principio de una errancia que no dejó de ser destierro ni cuando regresó a Colombia). No sólo hubo aislamiento en 1949, 1950 y 1951: también hubo una hostilización despiadada. Es obvio que el congreso, que saqueaba sus ideas, se hizo en cierto modo contra él, que mantenía enhiestos los principios del lopismo en medio de la borrasca política de 1949.¹¹⁶ Por si no era bastante clara la intención, vino la acción de Jorge Gaitán Durán, un aspecto indecoroso que los promotores de su memoria prefieren eludir.

En septiembre de 1949, terminado el “Congreso de Intelectuales Nuevos” y mientras Ospina Pérez daba los penúltimos pasos hacia la instauración de la dictadura, Gaitán Durán publicó dos artículos en el suplemento de *El Tiempo*. En el primero, condenando lo que consideraba como el estéril esteticismo de las generaciones anteriores, afirmaba: “... me parece que todas las grietas abiertas en nuestra cultura son para la juventud triste y exclusiva herencia de generaciones anteriores”.¹¹⁷ Y continuaba, ya hacia el final, refiriéndose al congreso en que acababa de participar e introduciendo la idea de una nueva conciencia ética en la intelectualidad colombiana:

En el congreso se establecieron muchos proyectos de indudable importancia, pero lo más admirable de su labor es que fija la aparición en Colombia de una nueva conciencia ética. La juventud vuelve sobre el hombre y sobre sus problemas morales, abandonando el esteticismo o, mejor dicho, la mentalidad esteticista que fuera fundamento de la creación para las generaciones anteriores.

116 En la entrevista que concedió a José Hurtado García en 1950, al evocar la contribución de la generación de Los Nuevos a la acción de López Pumarejo, Zalamea afirmaba: “...está abierta para (la generación de Los Nuevos) la oportunidad de dar su cabal medida en circunstancias no ya favorables sino tremendamente adversas”. Al hablar de su generación, hablaba en realidad de su propia disposición a intervenir en política cuando se resolviera —de una forma u otra— el problema de la dictadura de Laureano Gómez. Se podía pensar entonces, dada la indeterminación del momento, en un gobierno liberal o en un gobierno de coalición. Para los que lo leyeran, era claro que Zalamea actuaría de acuerdo a sus propios principios, lo cual no podía ser del agrado de la mayoría de los jefes liberales. Cf. José Hurtado García, “Jorge Zalamea. El estilo de ‘Los Nuevos’”, *op. cit.*

117 Jorge Gaitán Durán, “¿Gente que piensa?”, en *El Tiempo*, Bogotá, 11 de septiembre de 1949, suplemento literario, p. 4

Con el énfasis puesto en esa ética supuestamente novedosa, Gaitán Durán rebasaba el marco del habitual conflicto de viejos y jóvenes. Y especificó sus argumentos en el segundo artículo de ese mes de septiembre, titulado sin ambigüedad “Una nueva conciencia ética” (hay que recordar que salió en un contexto político totalmente dramático). Decía Gaitán Durán:

En el caso concreto de la cultura colombiana, hasta la llegada de la nueva generación, no se conforma una conciencia ética, mejor dicho no se toma conciencia de los impulsos verdaderos de nuestro tiempo. Antes habían existido presentimientos y repentinos hallazgos, mas no se configuró un auténtico sentimiento de austeridad y poderío moral. Por el contrario la mentalidad esteticista, el desprecio por los valores humanos, el amor hacia toda suntuosidad exterior, la golosidad vital, han menoscabado algunas de las más brillantes capacidades intelectuales del país. Como ejemplo, se debe citar la generación de “Los Nuevos”.¹¹⁸

Y se refería entonces Gaitán Durán al “triste colapso” de Jorge Zalamea, a la “simple arquitectura formal” de León de Greiff,¹¹⁹ encontrándole méritos a la sola novela de Eduardo Zalamea Borda, “luminoso avance sobre la mentalidad de su momento”, merced a intuiciones de tipo existencialista. Concluía Gaitán Durán:

A la nueva generación le ha correspondido —quizás no por sus méritos intrínsecos, sino por su suerte histórica— estructurar en expresiones artísticas dicha conciencia ética. [...] Bastaría citar el Congreso de Intelectuales Nuevos en el cual un grupo de jóvenes trató desinteresadamente de los problemas fundamentales del hombre colombiano...

El ataque, en la continuidad del reciente congreso, iba contra Zalamea. Si es cierto que “las palabras están en situación”, como escribió después Gaitán Durán en el texto proemial de *Mito* (usurpando la fórmula sartreana), más “en situación” estaban entonces las palabras de Zalamea, quien sí se daba el trabajo de “estructurar en expresiones artísticas (una) conciencia

118 Jorge Gaitán Durán, “Una nueva conciencia ética”, en *El Tiempo*, Bogotá, 25 de septiembre de 1949, suplemento literario, p. 4.

119 A León de Greiff, lo volvió a criticar detalladamente Gaitán Durán en un artículo posterior. “25 años. La poesía de León de Greiff”, *El Tiempo*, Bogotá, 22 de enero de 1950, suplemento literario, p. 1.

ética” y llevaba años angustiándose por “los problemas fundamentales del hombre colombiano” y por el devenir de la humanidad. Las palabras de Gaitán Durán iban por mal camino, siendo una innecesaria y detestable agresión contra Zalamea: éste llevaba desde hacía once meses el combate que pregonaba en su artículo el joven poeta e intelectual, y ello sin recibir ayuda de casi nadie —en todo caso no del propio Gaitán Durán (quien sólo muy al principio colaboró en *Crítica*) ni de la cuasi totalidad de los que, como éste, escribían habitualmente en el suplemento de *El Tiempo*—. ¹²⁰ Y además, menos de una semana después de aparecer el segundo artículo de Gaitán Durán, Zalamea tuvo palabras más “en situación” aún, publicando en el n° 23 de *Crítica* “La metamorfosis de Su Excelencia”, y viéndose encarcelado por ello cuando aún no había censura de prensa. ¹²¹ En el tremendo contexto de esas semanas de septiembre, octubre y noviembre de 1949, resultaban ignominiosos los planteamientos de Gaitán Durán frente a la actuación valerosa y digna de Zalamea. Digna, además, porque era un gran texto de literatura colombiana —esteticista o no— el que le valía esa escandalosa detención. Desde el ámbito que había cobijado al congreso, había que acabar con Zalamea; Gaitán Durán se puso a la cabeza de la rebatía.

120 La nota de Alfonso Fuenmayor citada arriba, irónicamente titulada “Congreso artístico” —lo cual era una manera de burlarse de un congreso más ambicioso en sus miras—, apareció al día siguiente del segundo artículo de Gaitán Durán. Fuenmayor no había reaccionado ante el congreso propiamente dicho, pero lo hizo ante la odiosa continuación que le daba Gaitán Durán y, sobre todo, ante la agresión que padecía Zalamea. Su respuesta, en lo esencial, se circunscribió a la cuestión del artista, defendiendo la autonomía del acto creativo, pero tampoco dejó de subrayar lo que de comedia del poder había tenido el congreso: en el grupo de Barranquilla también sabían cuánto servía la participación en la vida intelectual para hacer méritos y progresar en el *cursus honorum* burocrático y político.

121 Cuando salió “La metamorfosis de Su Excelencia” no se habían suspendido las garantías constitucionales, de modo que la detención de Zalamea fue total y conscientemente arbitraria. No tiene fundamento el hablar de “el modo como “La metamorfosis de Su Excelencia” pasó impertérrita ante los ojos del acucioso funcionario” (Juan Gustavo Cobo Borda, “Jorge Zalamea. Notas críticas”, *op. cit.*, p. 867). La rememoración que hace Alfredo Iriarte del episodio adolece de serias confusiones cronológicas (Alfredo Iriarte, “Evocaciones y recuerdos de Jorge Zalamea”, *Gaceta Colcultura*, Bogotá, n° 16-17, noviembre-diciembre de 1977, reproducido en *Literatura, política y arte*, *op. cit.*, pp. 859-860). Un año después del encarcelamiento de Zalamea, en octubre de 1950, escribía Eduardo Salazar Santacoloma en *Crítica*: “Atribuyo a esta tremenda página de literatura política el arresto de catorce días que el autor pasó en los calabozos de la Prefectura de Seguridad y en la VIII División de la Policía Nacional” (Eduardo Salazar Santacoloma, “La obra de *Crítica* en dos años”, en *Crítica*, Bogotá, Año II, n° 48, 18 de octubre de 1950, p. 4).

Del “Congreso de Intelectuales Nuevos” o, más exactamente, de la estrategia que en él tomaba forma, salió *Mito*, en la que participó también otro de los destacados congresistas de 1949, Pedro Gómez Valderrama. La verborrea estuvo presente en *Mito* y los turiferarios de la revista nunca han dejado de poner énfasis en la dimensión moral de la publicación, siendo dicha dimensión de lo más controvertible que se puede imaginar y siendo, por lo tanto, otros los motivos que hicieron de ella una revista importante. La “conciencia ética” que Gaitán Durán exaltaba tan indiscriminadamente en septiembre de 1949 y oponía con tanta injusticia a Jorge Zalamea no es el puntal más seguro de *Mito* —pese a todos los elogios que sobre este punto ha recibido por varios decenios—. No es posible preterir el papel fundador de *Crítica*, desarrollado en condiciones más difíciles, inauditas: en el mismo momento del derrumbe. Zalamea había mostrado la vía, y con criterios tan ecuménicos que, por encima de todo posible resentimiento personal, colaboró más tarde en *Mito* (también lo hizo León de Greiff) desde el exilio, lo mismo que había colaborado en *El Tiempo* antes y después de exiliarse.¹²²

Un balance

Se le ha dado aquí mucha importancia a Jorge Zalamea porque no se puede hablar de la vida intelectual de Colombia, considerada a lo largo de varios decenios, si no se tienen en cuenta su figura y su acción. *Mito* es incomparable solamente si se anula la existencia de Zalamea y de su quinquenario *Crítica*. Y *Mito* no queda fuera del entramado de relaciones y conflictos que subyace al devenir del pensamiento y del arte en el país: por un lado tiene relación con *Crítica*, y por el otro siguen en pie los motivos del conflicto. Cobo Borda escribió que Zalamea fue un “hombre de letras”, que “No fue otra cosa”. Y añadió: “Fue, además, orgulloso y tuvo coraje, pero reivindicarlo como el paladín de causas nobles no es traicionarlo; es, apenas, disminuirlo”.¹²³ Puede recordarse la obra de Zalamea y también lo otro, su dimensión ética. De lo contrario, no se debería hablar de la dimen-

122 Una vez acaecido el desastre, a raíz del golpe institucional de Ospina Pérez, ciertas segregaciones perdían vigencia, o la perdían relativamente. Así fue como el suplemento de *El Tiempo* abrió muy de vez en cuando sus páginas a Zalamea; al mismo tiempo se iniciaba así la recuperación de temas que hasta entonces habían oído a azufre.

123 Juan Gustavo Cobo Borda, “Jorge Zalamea. Notas críticas”, *op. cit.*, p. 869.

sión ética de *Mito*. Pero para quien está resuelto a exaltar esa muy dudosa dimensión ética de *Mito* resulta imposible aceptar la de Zalamea. Es una táctica que permite eximir a *Mito* de sus intrínsecos oportunismos y de sus ambigüedades, las cuales, de hecho, no son nada ambiguas. Con todas sus cualidades, *Mito* fue, como las revistas de Arciniegas, una revista del poder. Gaitán Durán fue un continuador de Arciniegas y también fue, indiscutiblemente, un modernizador en la misma línea de acción. Fue un intelectual más agudo y exigente, también más díscolo por ser poeta, y sin lugar a dudas mejor director de revista.

Terminemos citando nuevamente palabras de Álvaro Mutis. Afirma él, que fue catalogado como “poeta de *Mito*”, su preferencia por *Crítica*:

Si yo me siento ligado a una revista, es a *Crítica*. Totalmente. Y lo quiero aclarar: desde el punto de vista literario, como identificación con una manera de ver la literatura, primero. Y después, emocionalmente, personalmente, por afecto y por convicción. Por convicción. Desde la Independencia nadie hizo tanto ni tan profundo como Jorge Zalamea. En Colombia, desde la Independencia, lo que se ha hecho es conformarse. Salvo López Pumarejo en política y Jorge Zalamea en literatura.¹²⁴

Y viene la última cita de Mutis, en la cual queda clara la ubicación de *Mito* en la historia intelectual y en la historia a secas de Colombia:

Ninguna otra revista colombiana de esos años 40 y 50 puede compararse con *Crítica*. Las otras revistas no tenían ninguna propuesta de auténtica anarquía, de auténtico cambio brutal del país. No se encontrará en ellas ninguna frase que proponga de veras otro país. Lo que decían era más bien: “Vamos a seguir viviendo en el mismo país”.¹²⁵

124 Cf. Jacques Gilard, “Entretien...”, *op. cit.*, p. 192.

125 *Ibid.*